

## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

- Título de la obra: El americanismo: consideraciones sobre el nacionalismo continental
- Autor: Tejada Ripalda, Luis
- Forma sugerida de citar: Tejada, L. (2000). El americanismo: consideraciones sobre el nacionalismo continental. *Cuadernos Americanos*, 4(82), 180-216.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año XIV, Núm. 82, (julio-agosto de 2000).
- Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## El americanismo: consideraciones sobre el nacionalismo continental

Por Luis TEJADA RIPALDA

*École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris*

**E** NUESTRO ESTUDIO se interceptan los problemas de las generaciones, el nacionalismo y las ideologías políticas. Pero en términos generales el americanismo se ubica al interior de la historia de este continente y de su corriente nacionalista. En esas condiciones, se hace necesario mostrar los antecedentes históricos y temáticos del americanismo que, como veremos, sirven de base para la construcción del socialismo indoamericano.

Lo que a continuación exponemos no es ni pretende ser el análisis exhaustivo de este amplio y complejo fenómeno nacionalista. Esto es simplemente un bosquejo que nos sirve de introducción a la ideología política de la Generación del Veinte, más conocida como la Generación del Centenario. Además, es necesario advertir que la selección y presentación de personajes, ideas, proyectos y acontecimientos no es arbitraria ni obedece a un plan predeterminado: están presentes en libros, artículos, discursos o manifiestos de esa generación y, por tanto, forman parte del universo simbólico americanista.

### *1. El mito americanista*

¿QUÉ es el americanismo? Parece que casi nadie ha estado interesado en responder a esa pregunta.<sup>1</sup> Nos ha sorprendido la abundancia de textos que pueden clasificarse como “americanistas” y de la ausencia casi total de estudios analíticos a su propósito. Has-

<sup>1</sup> Después de concluido este trabajo he vuelto a leer el artículo de Hugo Neira “Relire aujourd’hui Haya de la Torre”. *Amérique Latine*, núm. 12 (octubre-diciembre de 1982). La primera vez que lo leí, hace ya más de diez años, me pareció interesante, pero muy complejo; yo no lo sabía, pero era el primer artículo que leía sobre el americanismo y los americanistas. Tal vez ahí comenzó esa larga marcha que ahora termina con este trabajo sobre el nacionalismo continental americano.

ta donde sabemos, en esa época el único que intentó definirlo fue el argentino Alfredo Palacios, en una conferencia en la Universidad de Buenos Aires, en julio de 1923. Esta conferencia es además importante por su ubicación histórica: en primer lugar, al formular el primer análisis del americanismo nos ofrece el estado de la cuestión; y en segundo, al realizarse el mismo año en que comienza a formularse esta ideología política, se convierte en su verdadero prolegómeno.

A nuestro modo de ver, esta conferencia puede ser considerada como una guía inicial para el estudio del americanismo. En ella Palacios nos muestra algunos de los elementos que están en la base y que dieron forma al sentimiento americanista. Todo esto puede resumirse en esta cita:

Es argentino el ejército que triunfa en Chile y da libertad al Perú. Es colombiano el vencedor de Ayacucho; venezolano Bolívar, que independiza Ecuador, Colombia y Bolivia. De norte a sur, recuerda el peruano García Calderón, hermosa fraternidad, curioso intercambio de patrias, dan a los campos de batalla espléndida variedad de hombres; la conciencia de antiguos lazos afirmados en estas gloriosas campañas suscita un sentimiento permanente: el americanismo.

Nuestra revolución fue americana. Lo han reconocido todos los historiadores, y Rojas ha podido afirmar que la argentinidad tendía en el alma de los próceres hacia la forma progresiva de americanidad [...] Pensamos sólo en que ha de impulsar a nuestra América un ideal permanente de justicia y que somos todos, hijos de la revolución, cuyas rebeldías fulguraron, lo mismo en Caracas, que en Buenos Aires y La Paz.<sup>2</sup>

A continuación Palacios esboza los principales elementos que componen la estructura del mito americanista: nombra a los que llama "héroes de la solidaridad continental", Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O'Higgins, Bernardo Monteagudo, Juan Martín de Pueyrredón etc., enumera los diversos proyectos de unidad continental que aparecen en 1811 y se continúan hasta 1847; subraya en estos últimos las ideas de "fraternidad", "patria americana", "Federación perpetua de los pueblos americanos", insiste en la incorporación del Brasil etc.; cita como acontecimientos mayores el Congreso de Panamá de 1826, la Revolución Mexicana y la

<sup>2</sup> Alfredo Palacios, "La juventud universitaria y la tentativa de fascismo en la Argentina", conferencia en la Universidad de Buenos Aires, 31 de julio de 1923, reproducido en *Universidad y democracia*, Buenos Aires, Claridad, 1928, p. 162

Reforma Universitaria; y, después de describir los “caracteres comunes” de estos pueblos, concluye:

En 1826, el Congreso de Panamá afirma la unión moral de las repúblicas congregadas y en 1847, en Lima, se declara que las repúblicas, ligadas por el vínculo de origen, el idioma, las costumbres, por su posición geográfica, por la causa común que han defendido, por la analogía de sus instituciones y, sobre todo, por sus comunes necesidades y recíprocos intereses, no pueden considerarse sino como parte de una misma nación.<sup>3</sup>

Palacios hace suyas estas opiniones y propone a las “democracias hermanas superar nuestro patriotismo” y hacer “de la América nuestra, una entidad colectiva, respetable, aun manteniendo las soberanías particulares”; asimismo, se sumaba a las diversas voces que desde la Independencia hasta esos años pugnaban por “ampliar la patria hasta hacerla americana” y crear así la “ciudadanía continental”.<sup>4</sup>

Estas últimas observaciones tenían directa relación con el segundo tema: el imperialismo yanqui. Es muy sintomático que Palacios dedicara más de la mitad de su conferencia a hablar del imperialismo yanqui. Esto es una muestra inequívoca que la actitud antiimperialista es uno de los aspectos más remarcables del americanismo. En efecto, el conferencista lanza duras críticas al “panamericanismo”, que, según decía, es la “Política imperialista del capitalismo yanqui”.<sup>5</sup> En seguida hace una revisión histórica de las diversas invasiones de Estados Unidos a los países latinoamericanos, de la política de empréstitos que les imponía, del petróleo y los recursos naturales que absorbía, del armamentismo etc. Al lado de éste, desarrolla otros temas de carácter antiimperialista: hace la diferencia entre el pueblo norteamericano y la plutocracia yanqui, critica la doctrina Monroe, el panamericanismo y el darwinismo social que abanderaba el imperialismo;<sup>6</sup> opone la América europea a la América autóctona de los incas, mayas y aztecas; afirma que los límites de América Latina o Ibero se en-

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 163.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 164-165.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 168ss.

<sup>6</sup> Esta parte corresponde a la conferencia citada, pero fue mejor desarrollada en otra que Palacios tituló “Llamado a los jóvenes universitarios de Estados Unidos contra la plutocracia yanqui”, fechado en marzo de 1927; reproducido en *Universidad y democracia*, pp. 141ss.

cuentran “entre el Río Grande y la Tierra de Fuego”.<sup>7</sup> Finalmente, critica la “apropiación” del nombre de América por los del norte y sostiene que “los representantes verdaderos de América somos nosotros”, los aborígenes y los que se mezclaron con ellos.<sup>8</sup>

He aquí los grandes temas del mito americanista. De esta manera Alfredo Palacios nos pinta las características y el variado universo temático del nacionalismo continental, desde sus orígenes hasta 1923, año en que se inicia la formulación del socialismo indoamericano. Según Palacios, éstas son las fuentes históricas que explican “esa emoción americana que es una especie de patriotismo agrandado”.<sup>9</sup>

## II. ¿Existe América Latina?

Como podrá observarse, ahí hay una serie de afirmaciones que, por deformar la realidad, deben ser clasificadas como concepciones ideológicas. El análisis crítico de ellas debe permitirnos entrar a dilucidar la trama histórica del americanismo. La más importante es la afirmación siguiente: “América es una nación”.

En un principio hay que hacer algunas precisiones conceptuales. La idea de nación ha sido una de las importaciones más inútiles y artificiales que ha hecho América de Europa.<sup>10</sup> Ella aparece trasplantada a un continente que no le ofrecía comunidades suficientemente diferenciadas. Como es fácil constatar, América Latina es un continente social, cultural y políticamente mucho más homogéneo que Europa, Asia, África e incluso Estados Unidos. Aquí el sentimiento de pertenencia a una comunidad histórica no

<sup>7</sup> Sobre esto véase particularmente “Panamericanismo e ibero-americanismo en la Universidad”, carta de Palacios dirigida a Méndez Pereyra, organizador del Congreso Panamericano de 1926, fechada en noviembre de 1925. También reproducido en *Universidad y democracia*, p. 121.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 150-151.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 168.

<sup>10</sup> La nación aparece como un nuevo “proyecto” comunitario recién con la Revolución Francesa de 1789. Esta revolución atacó las realidades comunales y dio paso a un nuevo Estado asentado en una nueva y englobante identidad colectiva: la nación. Como afirma Benedict Anderson, ésta era una “comunidad imaginaria”, véase *Comunidades imaginadas (reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo)*, trad. de Eduardo Suárez, México, FCE, 1993, pp. 23ss. Eric Hobsbawm, al comentar a este autor, agrega que los revolucionarios lograron implantar, con la ayuda del nuevo Estado, esta nueva dimensión societaria, con el claro objetivo de “llenar el vacío afectivo” dejado por las desaparecidas o abatidas “comunidades reales”, *Nations et nationalismes depuis 1789*, Paris, Gallimard, 1992, p. 63.

aparece vinculado a un pueblo, raza o religión particular. De otro lado, el sentimiento supuestamente nacional se forma tardíamente y está vinculado a las guerras civiles y los proyectos de construcción de los Estados nacionales.

La extensa bibliografía que produjo la Independencia nos muestra que lo que estaba en juego no era la formación de naciones sino de *patrias*.<sup>11</sup> Para el caso peruano Jorge Basadre ha demostrado que antes y después de la Independencia, lo primero que aparece en este continente como “conciencia de sí” fue la idea de patria. Aquí, como en otros países de América, la mayor parte de los grupos independientes se autodenominaban “sociedades patrióticas”; además, durante muchos años en el Perú todo acto oficial comenzaba con un rotundo “¡Viva la Patria!”.<sup>12</sup> Esto es importante remarcarlo porque entre una y otra noción hay diferencias importantes. La noción de Patria es más antigua que la de Nación, pero ambas tienden a superponerse y confundirse a partir de la Revolu-

<sup>11</sup> Esta diferenciación nos permite comprender muchas de las características que presenta el movimiento de Independencia, pero asimismo, diferenciarlo de los producidos en la posterior formación de los Estados nacionales. La no diferenciación ha producido graves confusiones e incluso ha llevado a muchos investigadores a analizar, con los mismos marcos teóricos, los fenómenos nacionalistas en América con los de Europa. Un claro ejemplo de este equívoco lo ofrece el libro de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, donde confunde patria, Estado y nación. Producto de ello, su análisis contiene una serie de errores de perspectiva: 1) no llega a percibir el nacionalismo continental; 2) ve en el nacimiento de los Estados latinoamericanos la expresión de movimientos nacionalistas. En términos generales la idea de nación es bastante débil en este continente y él mismo parece confirmarlo cuando produce una serie de opiniones de la época donde se habla de “generalizado republicanismo”, cuyas características fundamentales están vinculadas al territorio, la administración, el sacrificio por la bandera, el amor político etcétera.

<sup>12</sup> Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú*, Lima, Universitaria, tomo 1, 1963, pp. 257ss. También Felipe Pardo y Aliaga, “El paseo de Amancaes”, en *Costumbres y satíricos*, París, Biblioteca Popular, tomo 1, 1938 (Primera serie, núm. 9), p. 181, nota 1. Véase Jean Paul Deleer e Yves Saint-Geours, *Estados y naciones en los Andes*, Lima, FEA-IEP, volumen II, 1986. A nivel continental el libro de Luis Alberto Sánchez, *Nueva historia de la literatura americana*, Lima, Impropesa, 1987, demuestra lo objetivo de nuestra apreciación. En efecto, este autor menciona “Sociedades patrióticas”, que surgen desde 1811 en Chile, Perú, Venezuela, México, Ecuador etc. En cuanto a las obras, cita las de Esteban de Luca, *Marcha patriótica*, canto, Chile, 1810; Camilo Henríquez, *Camila, patriota de Sudamérica*, teatro, Chile, 1817; Bartolomé Hidalgo, *Diálogos patrióticos*, canto, Uruguay, 1817; Guillermo Matta, *Canto a la patria*, Chile, 1864; Abigail Lozano, *Cantos a la patria*, Venezuela, 1864; Miguel Antonio Caro, *La vuelta a la patria*, poemario, no cita país, 1897; Justo Sierra, *Catecismo de la historia patria*, historia, México, 1897; Juan Zorrilla de San Martín, *La leyenda patria*, oda, Uruguay, 1879 etc. Entre los periódicos cita *El amigo de la patria*, Guatemala, 1817; *El Patriota*, Venezuela, 1840, entre otros.

ción Francesa.<sup>13</sup> En términos generales, la Patria evoca las ideas de pueblo, territorio, ley, padres fundadores, libertad, acción política y Estado; es la *civitas*, la comunidad afectiva, a su espacio e identidad cultural. En este sentido, mientras la Patria nos remonta a la idea del "Patriarca", del padre común y del Estado,<sup>14</sup> la Nación nos lleva a la comunidad, la hermandad y la madre nutricia.<sup>15</sup> Es cierto que ambas nociones se interceptan en la "tierra", pero mientras la patria se refiere a ella como condición o espacio ocupado, la Nación la evoca como situación o espacio vivido.<sup>16</sup>

Es cierto que América Latina es un continente bastante homogéneo, pero la existencia de rasgos "comunes" no es suficiente para mostrar la existencia de una comunidad nacional. En efecto, la llamada "nación continental" tuvo dos grandes obstáculos para su realización: primero, los sentimientos patrióticos o "nacionalismos particulares", y segundo, la falta de comunicación que permitiera a sus miembros un mínimo de cohesión y consenso con respecto de un proyecto societario común.<sup>17</sup> Esto tenía raíces históricas: después de tres siglos de dominación colonial, España dejó este

<sup>13</sup> Sobre esto véase Jacques Godechot, "Nation, patrie, nationalisme et patriotisme en France au XVIII<sup>e</sup> siècle", y Pierre Vilar, "Patrie et nation dans le vocabulaire de la guerre d'indépendance espagnole", ambos en *Historique de la Révolution Française*, núm. 206 (octubre-diciembre, 1971). También Jean Yves Guiomar, *La nation entre l'histoire et la raison*, París, La Découverte, 1990, pp. 14-21. Para ver el origen romano de la idea de patria consúltese Claude Nicolet, *Le métier du citoyen dans la Rome républicaine*, París, Gallimard, 1976, pp. 64ss.

<sup>14</sup> Gustave Glotz tiene interesantes anotaciones sobre el origen de la idea de patria en la Grecia antigua. Refiriéndose al "patriotismo" afirma: "Esa pasión por la independencia hace de la ciudad, por pequeña que sea, un Estado soberano. Tomemos dos ciudades vecinas; todo las separa. Las mojoneras sagradas que indican los límites de los territorios trazan líneas de separación casi infranqueables entre las religiones y las leyes, los calendarios, las monedas y los pesos y medidas, los intereses y las afecciones. ¿Qué es la patria en los grandes siglos de la Grecia antigua? La misma palabra lo dice. Indica todo lo que une entre sí a hombres que tienen un mismo antepasado, un mismo padre", Gustave Glotz, *La cité grecque*, París, Albin Michel, 1968, p. 38 [trad. *La ciudad griega*, México, UTENA, 1964, p. 25, n. d. ed.].

<sup>15</sup> Esta visión del padre y de la madre, como imágenes primordiales del inconsciente colectivo, nos remontan a la idea del mito del Estado y de la utopía social. Sobre esto véase Ernst Cassirer, *Le mythe de l'État*, París, Gallimard, 1993; y Jean Servier, *Histoire de l'Utopie*, París, Gallimard, 1991.

<sup>16</sup> Desarrollaremos este tema posteriormente. En este momento la base de nuestro análisis estará en los textos publicados por los estudiantes y obreros de diversos países del continente latinoamericano.

<sup>17</sup> Sobre las comunicaciones, como aspecto clave del proceso de formación de las naciones, consúltese Christophe Jaffrelot, "Les modèles explicatifs de l'origine des nations et du nationalisme (revue critique)", en *Théories du nationalisme*, París, Kimé, 1991, pp. 142ss. También véase Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, pp. 98ss.



continente en una situación paradójica: por un lado, la relativa homogeneización de esa misma población en el campo de la religión, la lengua, la tradición y la mezcla racial, que fomentará el americanismo; y por el otro, el aislamiento entre pueblos, razas y grupos sociales, que dará lugar a los nacionalismos particulares.<sup>18</sup>

Con la desaparición del Estado colonial se agudiza la incomunicación entre estos pueblos y sobreviene la época del nacionalismo sudamericano, que comprende los años de 1825 a 1844. Esas guerras civiles fueron auspiciadas por las oligarquías regionales que, convertidas en clases dominantes en las antiguas unidades administrativas coloniales, dieron pronto nacimiento a los nuevos Estados. Después del entusiasmo americanista que inspiró la Independencia, este continente sufrió una rápida segmentación. En 1825 Bolívar separa (por criterios básicamente administrativos) al Perú de Bolivia, en 1830 se divide la Gran Colombia en las repúblicas de Venezuela, Colombia y Ecuador; en 1832 Colombia se declara en guerra contra la República de América Central; México sufre una guerra civil y la región de Texas se declara República Autónoma, se crea la Confederación Peruano-Boliviana que intentó reunir ambos pueblos; en 1836 Chile declara la guerra a la Confederación Peruano-Boliviana y ésta se disuelve; en 1838 se divide la República de América Central y surgen las repúblicas de Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica; en 1844 se separa la República de Santo Domingo de Haití. Esta información ha sido tomada de varios documentos y cronologías. Estos países y sus respectivos Estados eran construidos sobre la base de intereses oligárquicos y no, como fue frecuentemente en Europa, sobre espacios ocupados por comunidades con características diferencialmente nacionales.<sup>19</sup> Esto es particularmente importante para un estudio comparativo. En efecto, George Burdeau afir-

<sup>18</sup> Si la difícil geografía del continente ya era un grave obstáculo a la comunicación, el poder colonial impuso el aislamiento como una medida para el control y la dominación de esas poblaciones sometidas. Las políticas comerciales de Madrid fueron severamente monopólicas y trataron las regiones administrativas en zonas económicas aisladas, impedidas de comerciar entre ellas. Además, los bienes y personas podían transitar sólo por los puertos. Los pueblos que vivían de un lado u otro del continente no se conocían más que por nombre. Por ejemplo, el viaje por mar de Buenos Aires a Acapulco duraba cuatro meses; el viaje por tierra de Buenos Aires a Santiago de Chile duraba dos; y de Buenos Aires a Cartagena seis, citado por Benedict Anderson, "Vieux empires, nouvelles nations", en *Théories du nationalisme*, p. 223.

<sup>19</sup> Eric Hobsbawm afirma que en la época en que "el principio de las nacionalidades" (1830-1880) modifica la carta de Europa se planteaban dos preguntas evidentes: "1) ¿Cuáles son, entre las numerosas poblaciones de Europa susceptibles de ser clasi-

ma que en países antiguos como los europeos, “es la nación la que hizo al Estado”.<sup>20</sup> En América Latina, al contrario, eran los que intentaban formar naciones; en ese sentido eran *stricto sensu*. “Estados sin naciones”.<sup>21</sup>

Precisamente por ser “Estados sin naciones”, el discurso nacionalista de los grupos dominantes mostró todas las características de una prédica patriótica: se basaban fundamentalmente en el Estado (como expresión territorial y político-administrativa) y no sobre la comunidad histórica (dimensión social y cultural de la nación). Esto aparece más claramente a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, cuando se inicia la era del imperialismo. Las relaciones con aquél fueron de tipo vertical y no horizontal: alianza y subordinación al imperialismo yanqui e inglés; conflicto y competencia con los Estados vecinos. Las alianzas y conflictos se hicieron a partir del Estado y no de la sociedad, es decir, a partir de la diferencias y no de las semejanzas. En síntesis, los nacionalismos particulares se muestran externamente dependientes, lo que al final de cuentas es la negación misma del nacionalismo; e internamente, al fundar sus existencias en el Estado-territorial, antes

ficadas en la categoría de *nacionalidades* según tal o cual criterio, las que podrán obtener el rango de Estado?; 2) ¿cuáles serían, entre los numerosos Estados existentes, los que se impregnan de carácter de una nación?”. Evidentemente, concluye el autor: “No todos los Estados coincidían con las naciones, ni a la inversa”, *Nations et nationalismes depuis 1789*, pp. 36-37. La correspondencia “deseada” entre Estado y nación ni siquiera se planteó en la época del nacionalismo latinoamericano, cuestión por lo demás explicable. ¿Qué criterios “nacionales” podrían argumentarse para justificar la división de los países andinos? ¿Eran naciones diferentes? Y lo que es más grave: ¿eran naciones? Aquel que conoce estos países y su gente podrá comprender lo artificial que ha sido aplicar a estos pueblos el criterio europeo correspondiente al término *nación*

<sup>20</sup> George Burdeau, *L'État*, París, Le Seuil, 1970, p. 37.

<sup>21</sup> El caso de los países andinos es el más evidente. A este respecto véase Danièle Démelas, *Nationalismes sans nations? (la Bolivie aux XIXème-XXème siècles)*, París, CNRS, 1980. La historia del Ecuador es bastante ilustrativa. Rafael Quinteros afirma que a inicios del siglo XIX los grupos dominantes del Ecuador no tenían una “conciencia nacional”. Luego afirma que los gobiernos no supieron resguardar “la nación territorio (*sic*), lengua, cultura etc.”, contra Colombia y el Perú, en “el Estado terrateniente del Ecuador”, en *Estados y naciones en los Andes*, p. 406. La noción que tiene este autor de la nación está llena de contradicciones. La nación no es un territorio sino una comunidad; cuando habla de “nación territorio” en realidad hace referencia a los límites del Estado territorial (él afirma que el Estado no existió) y no de la nación, en el sentido estricto del término. Defiende la “nación ecuatoriana”, que el autor entiende como “lengua, cultura, raza etc.”, contra el Perú o Colombia que son pueblos con la misma lengua, cultura, raza, es simplemente defenderse contra los iguales y no contra diferentes. Entonces, la “ausencia de conciencia nacional” no se debió, como afirma Quinteros, a la supremacía de los intereses terratenientes regionales sobre los “nacionales”, sino, precisamente, a la falta de características nacionales diferenciables de la población peruana o ecuatoriana.

que en la nación (que no existía como realidad que pudieran reivindicar), aparecen como patriotas y no como nacionalistas.

Contrariamente a estos últimos, cuando los americanistas, y particularmente Simón Bolívar, José Martí y Manuel Ugarte,<sup>22</sup> sostenían la existencia de la nación americana tomaban como argumentos la lengua, la raza, la religión y la tradición “comunes”, y sobre estas características elaboraban metáforas que hablaban de América como una *madre* y sus miembros como *hermanos*.<sup>23</sup> Esto es muy usual en la retórica de los criollos americanistas, y es particularmente revelador porque el criterio de unidad, inicialmente elaborado por los independentistas, era de carácter étnico. En efecto, ellos hacían referencia a lo criollo no sólo por una cuestión de poder, sino además porque, objetivamente, este grupo étnico social era el único que podía ofrecer un criterio de unidad continental. En los territorios que formaron la antigua colonia española había un gran número de lenguas, razas, culturas, entre las cuales los criollos y la cultura colonial eran minoritarios. No obstante, eran estos últimos lo más ilustrados, los únicos que tenían comunicación regional e interregional poseían una identidad cultural y étnica, tenían similares intereses económicos y una voluntad de poder que no tenían los otros grupos sociales.

Esto explica que en las zonas de control político-administrativo español, donde se habían formado las aristocracias terratenientes criollas, surgieron las primeras campañas independentistas.<sup>24</sup> Asimismo, explica que, pasada la Independencia, el romanticismo

<sup>22</sup> Además de las obras completas de Bolívar y Martí, existen dos trabajos donde puede encontrarse desarrollada esta dimensión “filial” de América y los americanos. Para Bolívar véase Miguel Acosta Saignes, *Acción y utopía del hombre en las dificultades*, La Habana, Casa de las Américas, 1977; y para José Martí véase Paul Estrade, *José Martí*, tesis de doctorado, Université de Toulouse-Le Mirail, 1984. Asimismo, véanse de Manuel Ugarte, *El destino de un continente*, Madrid, Mundo Latino, 1923 y *La nación latinoamericana*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, s.f.

<sup>23</sup> Esta visión “filial” de la nación es una de las constantes en las teorías del nacionalismo. Uno de los primeros que ha utilizado esto ha sido Ernest Renan en su famoso artículo “Qu’est-ce qu’une nation?”, en *Oeuvres complètes*, tomo 1, Paris, Calmann-Lévy, 1947. Estas características del fenómeno nacional han sido estudiadas por Edgard Morin en su artículo “L’État-Nation”, en *Théories du nationalisme*.

<sup>24</sup> Fueron las clases dominantes criollas los verdaderos soportes de esta Independencia. Ellas dieron sus fortunas e incluso la vida de sus hijos. Entre 1808 y 1828 un gran número de familias aristocráticas criollas se arruinaron por la Independencia. Un ejemplo de esto lo tenemos en la contraofensiva española de 1814-1816, donde “más de dos tercios de las grandes familias terratenientes sufrieron pesadas confiscaciones” y casi el mismo porcentaje dio su vida por esa causa Lynch, *The Spanish-American revolution*, p. 208, citado por Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, p. 222.

del primer americanismo sucumbió rápidamente ante los intereses oligárquicos. Las proclamas que se dieron en quechua y aymara, el reconocimiento de la ciudadanía a los indios y de su papel fundamental en la construcción de la nación, la abolición de los tributos y la servidumbre, la entrega de tierras etc., se convirtió al poco tiempo en letra muerta.<sup>25</sup> Como se sabe, la República no sólo fue incapaz de mejorar la condición del indio, sino además propició la consolidación del feudalismo, prolongó el racismo colonial y convirtió a los criollos en la nueva clase dominante. La “hermandad americana”, abanderada por los independentistas, fue pues de origen e identidad criolla y era justamente sobre esta base étnico-cultural que se pensaba la nación continental.

La nación americana es un mito y no una realidad. Además, el ideal americanista fue originariamente criollo y fueron los criollos quienes levantaron ese proyecto y construyeron ese mito. América meridional tenía múltiples rasgos comunes, pero como proyecto nacional sucumbió al aislamiento de sus miembros, a los intereses y a la segmentación forzada que impusieron los grupos dominantes. No obstante, a pesar de que América hispánica no es una nación, tiene todas las características que la identifican como una nación inconclusa.

La prueba de esto es precisamente la pervivencia del americanismo. En efecto, uno de los más importantes elementos que afirman la existencia real o potencial de una nación es el nacionalismo.<sup>26</sup> Y aquí el americanismo aparece, en el decir de Ernest Renan, como “una gran solidaridad” que se asienta en un pasado compartido y proyecta a los miembros hacia el futuro por el consentimiento mutuo de vivir juntos.<sup>27</sup> El americanismo no es otra cosa

<sup>25</sup> Parte de la literatura independentista entre 1810 y 1816 se hizo en quechua y aymara; en 1818 O'Higgins hizo su proclama en quechua; San Martín redactó su primera y segunda proclamas, así como su decreto de abolición al tributo, en quechua; la instalación del Congreso Constituyente del Perú en 1822 se hizo en quechua. Además, desde los primeros días de la independencia del Perú se dio al indio la condición de ciudadano: se abolió el tributo, mitas, yanaconazgos, pongos, encomiendas, cacicazgos y toda clase de servidumbre personal; además, en armonía con el liberalismo de la época, Bolívar disuelve las comunidades indígenas y reconoce la propiedad de los indios sobre sus parcelas. Sobre este tema véanse Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú*, tomo 1, pp. 262-263; Alfredo Palacios, *Universidad y democracia*, pp. 240-242; Bernard Lavallé, “Bolívar et les indiens”, en *Bolívar et les peuples de Nuestra América*, Presse Universitaire de Bordeaux, 1990, pp. 104-105

<sup>26</sup> Ernest Gellner, *Nations et nationalismes*, citado por Eric Hobsbawm, *Nations et nationalismes depuis 1789*, p. 20. Véase Raúl Zamalloa Armejo, “El proceso de la nacionalidad”, en *Perú. identidad nacional*, Lima, CDEP, 1979, p. 34

que el nacionalismo continental. Es la expresión más coherente del nacionalismo en América.

### III. La historia compartida

MUCHOS estudiosos de los fenómenos nacionalistas sostienen que la historia compartida es una de las fuentes de inspiración más importantes del nacionalismo. Esto se da en el americanismo.<sup>28</sup> En principio, este discurso nacionalista aparece como un estado de "conciencia" que presenta, aunque en forma rudimentaria, una ideología explicativa del pasado, del presente y del porvenir de la sociedad americana.<sup>29</sup> En este sentido, cuando Palacios afirma: "Somos todos hijos de la revolución",<sup>30</sup> coloca la Independencia como el pasado compartido por todos y el punto de partida del americanismo. A continuación veamos los aspectos más importantes de esa historia compartida y, con ello, de la evolución del americanismo.

#### 1) En el inicio, realidades y utopías

La historia de la Independencia y del nacionalismo continental americano comienza con la "carta a los españoles americanos", redactada en 1792 por el jesuita peruano Juan Pablo Vizcardo y Guzmán.<sup>31</sup> Esta carta fue escrita en Francia y en plena revolución pero publicada en Londres en 1801; es considerada como la primera proclama de la revolución americana. Su importancia no sólo estriba en el hecho de haber sido leída clandestinamente por un gran número de cenáculos revolucionarios, sino también porque

<sup>27</sup> Renan, "Qu'est-ce qu'une nation", pp. 903-904.

<sup>28</sup> Para Otto Bauer, uno de los aspectos centrales de la formación de las naciones es la "historia compartida". Sobre esto véase *El problema de las nacionalidades y la socialdemocracia*, Madrid, Siglo XXI, 1976.

<sup>29</sup> Estamos de acuerdo con Christophe Jaffrelot cuando define el nacionalismo como un "sentimiento de pertenencia a la nación"; pero no estamos de acuerdo con él cuando da un papel primordial a la "modernización" y atribuye un papel secundario a la "ideología". En nuestro caso, el americanismo se presenta como una conciencia nacional que tiene aspectos de una ideología en proceso de formación. Véase "Les modèles explicatifs de l'origine des nationalités et du nationalisme (revue critique)", en *Théories du nationalisme*, p. 140.

<sup>30</sup> Palacios, *Universidad y democracia*, p. 162.

<sup>31</sup> Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, *Carta a los españoles americanos*, 1ª edición publicada en Londres por P. Bayle, Piccadilly, en 1801, ed. Popular Comisión Organizadora del "Año del Sesquicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho y de la Convocatoria de Panamá", Lima, 1974.

muestra dos elementos clave que luego serían la empresa independentista: 1) la ruptura con España; y 2) el deseo de redescubrir y restituir América a la realidad mundial.

Al comenzar su carta, Vizcardo y Guzmán afirma: “El nuevo mundo de nuestra patria”.<sup>32</sup> Esta identificación de los criollos con esta tierra se hacía en oposición a España y a los españoles. En efecto, al anunciar el monopolio político y comercial de ese imperio, decía: “España nos destierra de todo el mundo, nos han creado como una ciudad sitiada”.<sup>33</sup> Luego sostiene que el pacto de justicia y protección entre el rey y sus súbditos no había sido respetado en América. A continuación entra en una asociación “edípica”, donde este continente aparece en “estado de infancia” y el imperio español simboliza la imagen “paternal”.<sup>34</sup> Así, haciendo analogía con esta relación filial, afirma que “el hijo” debe emanciparse del padre y redescubrirse para provecho de la humanidad. Al fin esboza esta utopía, que no es otra cosa que la visión de la restitución de América al mundo, para el bienestar de la humanidad.

¡Cuando a los horrores de la opresión y de la crueldad suceda el reino de la razón, de la justicia, de la humanidad [...] cuando sean echados por tierra los odiosos obstáculos que el egoísmo más insensato opone al bienestar de todo el género humano, sacrificando sus verdaderos intereses al placer bárbaro de impedir el bien ajeno, qué agradable y sensible espectáculo presentarán las costas de América, cubiertas de hombres de todas las naciones, cambiando las producciones de sus países por las nuestras! Cuántos huyendo de la opresión o de la miseria, vendrán a enriquecernos con su industria, con sus conocimientos y a reparar nuestra población debilitada. De esta manera la América reunirá las extremidades de la tierra, y sus habitantes serán atados por el interés común de una *Gran Familia de Hermanos*.<sup>35</sup>

En esta cita vemos reflejado uno de los aspectos más importantes del americanismo: su vocación universalista. Ahora bien, Vizcardo y Guzmán intentaba al mismo tiempo persuadir al gobierno inglés para que participará en la Independencia, pero no lo logró. Este ilustre peruano murió en Londres en febrero de 1798. Esta carta y otros documentos llegaron a manos del venezolano Francisco de Miranda, quien tradujo parte de ellos al francés.<sup>36</sup> Miranda, que es

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 2.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 5-6.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 40-42.

uno de los más connotados precursores de la Independencia americana, incorpora en sus proyectos la herencia ideológica de su predecesor.

Con Francisco de Miranda aparece por primera vez la idea de Estado continental, propia del americanismo. Su historia comienza con las primeras revueltas independentistas y se prolonga hasta el siglo xx, donde, con la Generación del Veinte, adquiere vigencia. Esta característica se presenta como la búsqueda del “Estado histórico” que, como lo ha observado Eric Hobsbawm, es común en los movimientos nacionalistas.<sup>37</sup> Todo parece indicar que inicialmente los criollos, en su deseo de independencia, rechazaron su desventurada identidad hispana y buscaron en lo indígena la base de la nación. Es así que se adherían épica y románticamente a una raza y una tradición que era precisamente opuesta a lo hispano y colonial. Además, en el pasado indígena había algo que ellos buscaban: el Estado histórico, unificador y poderoso, que actuando como criterio de unidad sobre la conciencia popular sirviera de base para la construcción de la proyectada Patria continental.

A nuestro conocer, dos han sido los personajes que expresan más claramente este aspecto mítico del americanismo. El primero es el prócer Francisco de Miranda, quien al concebir la colonia española como una gran nación, buscó en su historia un Estado continental que la abarcó y encontró el Imperio del Tawantinsuyo. En efecto, en 1801 propone la creación de un “Estado Imperial Americano”, con sede en el Istmo de Panamá. El poder legislativo se llamaría “Dieta Imperial”, los representantes municipales y provinciales llevarían el título de “curacas”, y los dos presidentes, elegidos por los “ciudadanos del Imperio”, tendrían el título de Incas, “nombre *venerado en este país*”.<sup>38</sup> Así nació el proyecto de construcción del mítico Estado Continental que caracteriza al americanismo.

El mismo proyecto del Estado Continental lo encontramos en Bolívar, aunque en él esto aparece no como una necesidad política, sino como la adopción de los mitos andinos. En efecto, en el Cuzco los indígenas lo recibieron de la misma manera en “que sus ante-

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>37</sup> Sobre la búsqueda del “Estado histórico” por los movimientos nacionalistas, véase Eric Hobsbawm, *Nations et nationalismes depuis 1789*, pp. 99-100.

<sup>38</sup> Francisco Miranda, *Esquisse de gouvernement provisoire*, Londres, 2 de mayo de 1801, reproducido en *Textos sobre la independencia*, Madrid, Guadarrama, 1959, pp. 72-73 [cursivas de LTR].

pasados recibían a sus emperadores”.<sup>39</sup> Pero esta confusión o simulación de la figura del libertador con la del inca o el rey comprometía a muchos grupos sociales de diversos países.<sup>40</sup> Por ejemplo, en 1824 el poeta ecuatoriano José Joaquín Olmedo escribió su poema sobre la Batalla de Junín, en el cual Bolívar encarnaba al Inca Huayna Cápac dirigiendo a los Hijos del Sol a la victoria;<sup>41</sup> el pintor cuzqueño Santiago Suárez pintó un lienzo donde hace confluir el Imperio del Tahuantinsuyo como la República, y coloca a Bolívar como el continuador de los Incas.<sup>42</sup> Sensible a esta necesidad mítica, Bolívar comenzó a evolucionar del régimen liberal republicano hacia una República Federativa con un presidente vitalicio, cargo que sería ejercido por él. Este proyecto quedó plasmado en la Constitución de Bolivia de 1826, esbozado en la “Confederación de los Andes” y en el tratado la “Federación Boliviana”.<sup>43</sup> En realidad, el presidente vitalicio tenía todas las características de un inca y la Federación Americana se parecía a un imperio.<sup>44</sup>

<sup>39</sup> Testimonio de O’Leary, citado por Lavallé. *Bolívar et les peuples de Nuestra América*, p. 106.

<sup>40</sup> Basadre afirma que casi todos rindieron pleitesía al Libertador, como si fuera un emperador. Este autor afirma que en muchas misas se cantaba: “De ti vino lo bueno, señor, nos diste a Bolívar, gloria a ti, gran Dios”, *Historia de la república del Perú*, tomo I, pp. 144-145; asimismo, cita esta décima satírica del clérigo José Joaquín de Larriava: “Cuando de España las trabas / en Ayacucho rompimos / otro más no hicimos / que cambiar mocos por babas / pasando / del poder de don Fernando / al poder de don Simón”, pp. 190-191. Hermes Tovar comenta que en la Gran Colombia la figura de Bolívar había “despertado entusiasmo y había sido comparado más con personajes bíblicos y aun con Jesucristo, lo cual legitimaba más la República”, *Estados y naciones en los Andes*, pp. 386-387.

<sup>41</sup> Este poeta afirma: “Venció Bolívar, el Perú fue libre / y en triunfal pompa Libertad sagrada / en el templo del Sol fue colocada”. De esto retenemos dos imágenes: el Sol y el libertador. Como se sabe no fue Bolívar sino Necochea quien dirigió la batalla; no obstante, el poeta dice que Bolívar “llama de improviso al bravo Necochea / y mostrándole el campo / partir, acometer, vencer le manda”. Entonces el mando es de Bolívar. Con respecto del Sol, este poema nos entrega las imágenes del ejército de los hijos del Sol: “Los ordenados escuadrones / que el iris reflejan los colores / o la imagen del Sol en sus pendones”. Este poema muestra claramente a Bolívar como el hijo del Sol, es decir, el Inca: “Mas de improviso / la espada de Bolívar aparece / y a todos los guerreros, / como el Sol a los astros, oscurece” y concluye: “Tal héroe brillaba / por las primeras filas discurriendo / se oye su voz, su acero resplandeciente [...] en torno pedía / rayos de luz viva y refulgente / que, deslumbrando el español, desmaya / tiembla, pierde la voz, el movimiento / sólo para la fuga tiene aliento”, José Joaquín Olmedo, *Poesía completa*, México, FCE, 1947, pp. 122-152.

<sup>42</sup> Alberto Flores Galindo, *Buscando un Inca*, Lima, Horizonte, 1988, p. 252.

<sup>43</sup> Esta Constitución de Bolivia fue aprobada en 1826 por el Congreso Constituyente de Bolivia y debía hacerse lo mismo en el Perú. Era una mezcla de republicanismismo y monarquía que expresa un cambio político bastante radical en Bolívar. El tratado de noviembre de 1826 entre Perú y Bolivia establecía que ambos países se reunirían para



Ahora bien, como lo recuerda Palacios, el americanismo nace con la Independencia. Ese “deseo de vivir juntos” queda claramente expresado en las proclamas de las Juntas Supremas de Caracas de 1810, de Santiago de Chile y Buenos Aires de 1811, en el tratado de unión, liga y confederación de 1823, en el Congreso de Panamá de 1826, en el Congreso de Lima de 1847 etc.<sup>45</sup> Pero, más allá de los acuerdos escritos, ese “deseo de vivir juntos”, del que se desprende un sentido de pertenencia, surge durante el largo proceso de Independencia, que en este caso puede parangonarse con el concepto de *peregrinación*: efectivamente, ha sido verificado en Europa y otros lugares, que la experiencia de peregrinar crea significados y lazos de pertenencia a las llamadas “comunidades imaginadas” o naciones.<sup>46</sup>

El caso del Perú es un buen ejemplo, ya que fue ahí donde se selló la Independencia de Hispanoamérica, siendo este país el centro del poder colonial español y donde se encontraban los criollos más reacios a la Independencia. Todas las fuerzas independentistas se encaminaron a este lugar. Al Perú no lo independizaron sus habitantes sino las fuerzas independentistas de todos los países de esta región del continente. Al respecto, Basadre afirma que al Perú llegaron “los aportes argentinos y chilenos, seguidos de los colom-

formar una liga denominada Federación Boliviana, “con el Jefe Supremo Vitalicio, que sería Bolívar”. Este tratado debería luego de extenderse a otros países; sobre este tema véase Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú*, tomo 1, p. 131. Muchos autores afirman que Bolívar copió esta presidencia vitalicia de la experiencia inglesa y de la napoleónica. Incluso Bolívar manifestó haberse inspirado en el caso de Haití, donde Pétion, personaje que él admiraba mucho, fue elegido presidente vitalicio. No obstante, estas suposiciones y la misma declaración de Bolívar no explican su radical cambio político. Sobre esto véase Acosta Saignes, *Acción y utopía del hombre en las dificultades*, p. 366. Sobre las características de esta constitución véase Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú*, pp. 154-158. También Pierre Luc Abramson, “Pragmatisme et utopie dans la pensée politique de Simón Bolívar”, en *Actes du colloque de Milan: l'État, la Révolution Française et l'Italie*, Presse Universitaire d'Aix-Marseille, 1990, p. 83.

<sup>44</sup> Bolívar expresa claramente este “sueño imperial” cuando habla del presidente vitalicio. Bolívar decía que ese presidente era “como el Sol que, firme en el centro, da vida al Universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua; porque en los sistemas sin jerarquías se necesita, más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas”. Discurso de Bolívar frente al Congreso Constituyente de Bolivia, el 25 de mayo de 1826, en Simón Bolívar, *Obras completas*, vol. II, p. 1233.

<sup>45</sup> Véanse Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú*, tomo 1, pp. 5 y 119 y Francisco Píval, *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*, La Habana, Casa de las Américas, 1977, pp. 34 y 40-41.

<sup>46</sup> Anderson, *Comunidades imaginadas*, pp. 85-88.

bianos (lo que) contribuyó a desarrollar, junto con el nacionalismo propiamente dicho, el nacionalismo continental".<sup>47</sup>

En nuestro caso, los independentistas americanos recorrían los valles, las montañas, los ríos, y en ese recorrido elaboraban un sentimiento de posesión de esas tierras, antes dominadas por los "extranjeros"; pero al mismo tiempo encontraban como compañeros de viaje a personas provenientes de diferentes lugares, unidos en los mismos ideales, comulgando con los mismos intereses, comunicándose en la misma lengua, compartiendo la misma religión... Surge así la idea de lo "nuestro" y el "nosotros".

Este experimento americanista duró varios años. En efecto, los primeros presidentes del Perú fueron el argentino San Martín, el venezolano Simón Bolívar, el ecuatoriano La Mar y el boliviano Santa Cruz; además, en el Congreso Constituyente de 1822 a 1825 hubo 9 diputados de Colombia, 3 de Argentina, 1 de Chile y 1 del Alto Perú. Ésta era una práctica común en la región: los hombres llegaban a puestos públicos por su talento sin importar su nacionalidad. Como dice Luis Alberto Sánchez, en esa época "no hubo extranjero en nuestras patrias chicas".<sup>48</sup> Así, las luchas por la Independencia habían creado, en la práctica, la "ciudadanía continental" que había sancionado la Constitución argentina de 1822 y que en 1826 proyectara el Congreso de Panamá.<sup>49</sup>

En el fondo, el americanismo surge de esta historia compartida por miles de criollos independentistas.<sup>50</sup> La lucha los había hecho desplazarse de un lado a otro del continente y, al encontrarse hermanados por esa situación, compartían por muchos años los mismos ideales americanistas. Al final del combate, después de desperdigarse por todo este territorio, siguieron la "conciencia nacional continental" que sobreviviría todo el siglo XIX y parte del siglo XX, malogrando los nacionalismos particulares.

Es indudable que la presencia amenazante de Estados Unidos sobre estos pueblos ha tenido un papel importante en la formación y evolución del americanismo. Como hemos visto, el americanismo

<sup>47</sup> Basadre, *Historia de la república del Perú*, p. 269.

<sup>48</sup> Luis Alberto Sánchez, *¿Existe América Latina?*, Lima, Luis Alva Castro, 1991, p. 32. También Jorge Basadre, *Elecciones y centralismo en el Perú*, Lima, Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico, 1980, p. 17.

<sup>49</sup> El delegado peruano señor Vidaurre, en una de las cláusulas de sus "Bases para una Confederación General de América", propuso "la del establecimiento de una ciudadanía común entre todos los confederados", citado por Acosta Saignes, *Acción y utopía del hombre en las dificultades*, p. 427.

<sup>50</sup> ¿Cuántos fueron los soldados que compusieron el "ejército libertador" de Bolí-

expresa una relación emotiva de los hombres con su tierra; así, al evocar a ésta y sus límites, su invasión o amenaza provocaba inmediatamente la identificación de los enemigos. El enemigo primigenio fue el imperio colonial de España, pero a medida que se desarrolló la historia de la Independencia y la formación de los Estados sudamericanos, Estados Unidos comenzó a desplazar a España en el papel del enemigo. El origen de este último data de 1817, cuando el presidente de Estados Unidos, James Monroe, apoyó con armamento a los españoles para que arrojaran a las tropas de Bolívar de la isla Amelia.<sup>51</sup> En 1823, y cuando la Independencia sudamericana ya era casi total, Monroe lanza una doctrina donde, bajo la consigna de “América para los americanos”, planteaba una ambigua relación de este país con los otros: de un lado, anunciaba su participación activa en la protección del continente; y del otro, insinuaba (por lo menos así será luego interpretada) su voluntad de dominación continental.<sup>52</sup>

var o el ejército de San Martín? Nosotros no hemos encontrado cifras exactas. No obstante, sabemos que el ejército de Colombia estaba compuesto por 32 000 hombres, que Bolívar desplazó más de 2 800 soldados al Ecuador y envió al Perú 8 000. San Martín llegó a Chile con 4 500 soldados y partió de este país hacia el Perú con 6 000. Además, en 1822 una parte del ejército peruano, conocida como los “intermediarios”, tenía 3 000 hombres de cuatro países diferentes. La ausencia de información exacta, por lo demás comprensible, nos imposibilita medir la envergadura humana de la empresa libertadora. Lamentablemente, tenemos que conformarnos con hablar de “varios miles” de libertadores. Sobre esto véanse: Acosta Saignes, *Acción y utopía del hombre en las dificultades*; Demetrio Ramos Pérez, *San Martín, el libertador del Sur*, Madrid, Anaya, 1988 (*Biblioteca Iberoamericana*) y Basadre, *Historia de la república del Perú*, tomo 1.

<sup>51</sup> Las tropas de Bolívar ocuparon la isla Amelia e instauraron la República de la Florida. Estados Unidos, que quería anexarse esa isla, envió los barcos *El Tigre* y *Libertad* con armamento para que los españoles recuperaran sus tierras y arrojaran a los “invasores”. Los independentistas confiscaron varios buques, lo que provocó el inicio de una tensa relación entre Estados Unidos y el ejército libertador. Bolívar acusaba a los norteamericanos de haber traicionado los principios de fraternidad y amistad al “dar armas a unos verdugos para alimentar unos tigres que por tres siglos han derramado la mayor parte de la sangre americana, la sangre de sus propios hermanos”. El 23 de diciembre de 1817 el presidente Monroe ordenó la invasión de la isla y desalojó a los libertadores. Su verdadero interés quedó evidenciado cuando un año después compró La Florida a España por 5 millones de dólares, Simón Bolívar, *Obras completas*, vol. 1, p. 314.

<sup>52</sup> El 2 de diciembre el presidente James Monroe anunció esta doctrina en el Congreso norteamericano. Se componía de una serie de principios de política extranjera, donde anunciaba su decisión de protección al continente americano hasta el paralelo 51. de toda intervención colonial europea. Esta doctrina se transformó al poco tiempo en la política de dominación imperial de Estados Unidos sobre todo el continente, que sería mantenida casi todo el siglo xx, véase *Gran dictionnaire encyclopédique Larousse*, Francia, 1989, p. 7061.

A partir de ese momento, Bolívar inicia un claro deslinde entre las dos “Repúblicas americanas”: llama “extranjeros” a los del norte y los excluye de “nuestros arreglos americanos”.<sup>53</sup> Finalmente, se les opone cuando constata que los norteamericanos, ante la imposibilidad de boicotear el Congreso de Panamá, intentaban convertir ese país en “jefe” de la Confederación Americana.<sup>54</sup> Así fue como la obstrucción de los norteamericanos a los avances libertadores y unionistas de los sudamericanos creó, en estos últimos, los primeros signos de diferenciación y oposición política, étnica y cultural entre ambos pueblos.

Es a partir de estos acontecimientos que vemos aparecer claramente, en el imaginario americanista, una suerte de doble visión geopolítica de América en el mundo. La primera surge en oposición a Estados Unidos y contempla, a contrapelo de la realidad geográfica que muestra tres zonas, la división de este continente en dos grandes áreas: América del norte y del sur.<sup>55</sup> La segunda es la referida al equilibrio del mundo. En ella América Latina, libre y unida, aparece mediando y balanceando el poder que se disputan Europa y Estados Unidos en el mundo.

Esta última visión geopolítica está presente en Bolívar desde muy temprano, pero las contingencias de la guerra y las alianzas que ella implicaba la habían subordinado. Es sólo después de conseguida la Independencia y previsto el Congreso de Panamá que Bolívar reafirma su visión del papel que debería tener América en el mundo. En efecto, Bolívar pensaba que la unión de los pueblos de América debería, con la ayuda de Gran Bretaña, fundar una nueva era en la humanidad. Aquélla sería la del nuevo “equilibrio del universo”, formado sobre la base de esa “liga formidable” que

<sup>53</sup> Es por ello que Bolívar decía: “Jamás seré de la opinión de que los convidemos para nuestros arreglos americanos” porque son “extranjeros”, en “Carta de Bolívar a Santander”, de Arequipa el 30 de mayo de 1825, en Simón Bolívar, *Obras completas*, p. 1108.

<sup>54</sup> Según la Doctrina Monroe, se buscaba impedir la presencia de potencias extranjeras en los territorios americanos. Pero, en la práctica, pronto se convirtió en una argucia diplomática para convertir al presidente de Estados Unidos en el “jefe natural” de la Federación Americana que preparaba Bolívar. El señor Joel Roberts Poinsett, embajador de Estados Unidos en México, decía: “Sería absurdo que el Presidente de Estados Unidos llegara a firmar un tratado por el cual ese país quedaría excluido de una *federación de la cual él debería ser el jefe*”. Comunicación de Poinsett al embajador de Inglaterra en México el 27 de septiembre de 1825. Reproducida por Pividal, *Bolívar pensamiento precursor del antiimperialismo*, p. 177.

<sup>55</sup> Kaldone G. Nweohed, *Bolívar y el tercer mundo (la devolución de un anticipo revalorizado)*. Caracas, Comité del Bicentenario de Simón Bolívar, s.f., pp. 135-136

ya formaban los pueblos de México, Perú, Chile, Buenos Aires, Nueva Granada y Venezuela.<sup>56</sup> Él estaba convencido que “la libertad del mundo está pendiente de la salud de América”.<sup>57</sup> Es esa perspectiva que en vísperas del Congreso de Panamá sostenía que ese “nuevo mundo”, impulsado por la Confederación Americana, sería formado por “naciones independientes, ligadas todas por una ley común”; y que de esa manera “un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo orden de cosas”.<sup>58</sup>

El papel de América en el “equilibrio del mundo” será retomado por el chileno Francisco Bilbao en su libro *América en peligro* (1862). Como se sabe, este libro fue una de las tantas respuestas americanistas a las invasiones de Santo Domingo por España, de México por Francia y de Estados Unidos a diversos países centroamericanos.<sup>59</sup> En este libro, Bilbao retoma las ideas de América Latina como gran nación continental, de la Asociación de las Repúblicas, la ciudadanía continental e inaugura la idea de “amenaza imperialista” de Estados Unidos con respecto de sus vecinos del sur.<sup>60</sup> Pero lo que lo convierte en el más universal de los americanistas son sus propuestas para el equilibrio del mundo. En efecto, después de afirmar que en esta parte del continente se encuentra “el alma primitiva y universal de la humanidad” y que eran sus hombres los llamados a “iniciar la profecía” de fundar “una nueva era”, sostiene que el ideal o “el centro del movimiento americano” es la asociación de las personalidades libres, hombres y pueblos para conseguir la fraternidad universal”.<sup>61</sup> Y concluye:

Sepamos contemplar la humanidad doliente, que cual otro Prometeo protesta encadenado en Asia, África y Europa, dormitando bajo el peso de la naturaleza sin la libertad, o bajo la ciencia de la fuerza y el engaño, y que espera quizás la revelación de la justicia por la boca de todo un continente para proclamarse emancipada.

<sup>56</sup> Simón Bolívar, “Reflexiones sobre el estado actual de la Europa con relación a la América”, *Gaceta de Caracas*, núm. 74 (9 de junio de 1814), en *Obras completas*, vol. II, p. 1284.

<sup>57</sup> “Carta de Bolívar al general inglés sir Robert Wilson”, el 15 de noviembre de 1824, en *Obras completas*, vol. I, p. 1006.

<sup>58</sup> Simón Bolívar, “Pensamiento sobre el Congreso de Panamá (1826)”, en *Obras completas*, vol. II, pp. 1214-1215.

<sup>59</sup> Francisco Bilbao, *América en peligro* (1862), en *El evangelio americano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

<sup>60</sup> *Ibid.*, pp. 266-270 y 276-277.

<sup>61</sup> *Ibid.*, pp. 274-275 y 284-285.

Nuestros padres tuvieron un alma y una palabra para crear naciones; tengamos esa alma para formar la nación americana, la confederación de las Repúblicas del Sur, que puede llegar a ser el acontecimiento del siglo y quizás el hecho precursor inmediato de la era definitiva de la humanidad. Alcese una voz cuyos acentos convoquen a los hombres de los cuatro vientos, para que vengan a revestir la ciudadanía americana. Que del foro grandioso del continente unido, salga una voz: ¡adelante!, ¡adelante en la tierra poblada, surcada, elaborada; adelante con el corazón ensanchado para servir de albergue a los proscritos y emigrados; adelante con la inteligencia para arrancar los tesoros del oro inagotable, depositados en las montañas de los pueblos libres [...] verdaderos intérpretes del Ser, nos ponemos en camino, cargando el testamento de la perfección del género humano.<sup>62</sup>

## 2) “Nuestra América”

Como se observa, la diferenciación y conflicto con Estados Unidos se consolidó a medida que este último invadió o intentó invadir algunos pueblos latinoamericanos. Los principales acontecimientos fueron los siguientes: entre 1845 y 1856 Estados Unidos invadió México, Nicaragua, El Salvador, Honduras e intentaba anexarse Puerto Rico y Cuba,<sup>63</sup> hasta que logra esto último en 1898;<sup>64</sup> en 1903 propicia la separación de Panamá del territorio colombiano, en 1904 invade República Dominicana, en 1909 Nicaragua, en 1910 Honduras, en 1914 México, en 1915 Haití, en 1926 interviene nuevamente en Nicaragua... Estas invasiones tenían su justificación ideológica en el *manifest destiny*, según el cual Estados Unidos tenía el derecho de ocupar todo el continente americano.<sup>65</sup> Ese manifiesto permite que a fines del siglo XIX este país adopte el “darwinismo social” que convertía al pueblo norte-

<sup>62</sup> *Ibid.*, pp. 288-289.

<sup>63</sup> En 1845 se anexó Texas, en 1846 se apropió Monterrey y Nueva California, en 1848 se firma el Tratado de Paz entre México y Estados Unidos, por el cual este último se anexa, además de Texas, Nuevo México, Arizona y Alta California. En 1856 el norteamericano Walker invadió Nicaragua y se proclamó presidente, y luego invadió El Salvador y Honduras. Finalmente, fue expulsado y regresó a Estados Unidos donde le rindieron honores de héroe nacional. Sobre esto véanse Palacios, *Universidad y democracia*, pp. 169-171; también la cronología de Carlos Rama en su libro *Utopismo socialista (1830-1893)*, Caracas, Ayacucho, 1977; y Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 1975.

<sup>64</sup> En 1902, Estados Unidos se ve forzado a reconocer la independencia de Cuba, pero se anexa definitivamente Puerto Rico.

<sup>65</sup> Citado por Jean Touchard, *Histoire des idées politiques*, tomo II, Paris, PUF, 1975, p. 706.

americano en el “pueblo elegido”, en “la raza superior” del continente.<sup>66</sup> Coherente con esta visión racial, en 1912 el presidente norteamericano William Taft justificaba así esa política imperial:

No está muy lejos —decía— el día en que tres banderas de barras y estrellas señalen en tres sitios equidistantes la extensión de nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro, como, en virtud de nuestra superioridad racial, ya es moralmente nuestro.<sup>67</sup>

Las invasiones, la opresión económica y el desprecio racial del imperialismo yanqui contra estos pueblos han sido los más importantes formadores de la conciencia nacional-continental.<sup>68</sup> Si esto es cierto para el largo plazo, en términos evolutivos el ascenso del americanismo puede localizarse en 1868, con el movimiento independentista de Cuba,<sup>69</sup> y llega a su punto culminante en la Confe-

<sup>66</sup> Dicha mentalidad es ilustrada en estos términos por el senador norteamericano Beveridge: “Nosotros no renunciamos a la misión de nuestra raza, mandataria, en nombre de Dios, de la civilización del mundo [...] Nosotros avanzamos en nuestra obra [...] con un sentimiento de gratitud por una tarea digna de nuestras fuerzas y plenos de reconocimiento por el Dios todopoderoso que nos ha marcado como su pueblo elegido para conducir al mundo hacia la regeneración”, citado por Touchard, *Histoire des idées politiques*, p. 707.

<sup>67</sup> Citado por Claude Julien, *L'empire américain*, reproducido por Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, pp. 164-165.

<sup>68</sup> Estas palabras de Manuel Ugarte dan la prueba de lo dicho: “Yo imaginaba que la ambición de esta gran nación se limitaba a levantar dentro de sus fronteras la más alta torre de poderío, deseo legítimo y encomiable de todos los pueblos, y nunca había pasado por mi mente la idea de que ese esplendor nacional pudiera resultar peligroso para mi patria o para las naciones que, por la sangre y el origen, son hermanas de mi patria, dentro de la política del continente. Al confesar esto, confieso que no me había detenido nunca a meditar sobre la marcha de los imperialismos en la historia. Pero leyendo un libro sobre la política del país, encontré un día citada la frase del senador Preston: (‘la bandera estrellada flotará sobre toda la América Latina, hasta la Tierra de Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza’). La sorpresa fue tan grande que vacilé. Aquello no era posible [...] Cuando tras el primer movimiento de incredulidad recurrí a las fuentes, pude comprobar a la vez dos hechos amargos: que la afirmación era exacta y que los políticos de la América Latina la habían dejado pasar en silencio, deslumbrados por sus miserables reyertas internas, por sus pueriles pleitos de fronteras”, cf. *El destino de un continente*, pp. 7-8.

<sup>69</sup> En el primer movimiento independentista cubano la solidaridad de Colombia, Guatemala y Perú fueron ejemplares. El Perú fue el primer país que reconoció la república de Cuba en 1873, luego propuso un Congreso de Plenipotenciarios Latinoamericanos para apoyar su independencia, y en 1875 envió a los rebeldes cubanos un cargamento de armas con municiones y hombres para lograr definitivamente su independencia. En este movimiento surgen varias figuras de jóvenes, entre las cuales destacaba la del estudiante universitario José Martí. El ejército colonial español reprimió, encarceló y deportó a los insurrectos, pero su dominio ya era disputado y los movimientos de cons-

rencia Panamericana de Washington en 1889. Es decir, su fortalecimiento va de la mano con el nacimiento y consolidación del imperialismo yanqui. Es en este momento, y gracias a la oposición de los delegados latinoamericanos, que vemos aparecer en ellos una conciencia de pertenencia a una comunidad continental que llamarán “Nuestra América”.

En efecto, en la Conferencia el cubano José Martí y los argentinos Sáenz Peña y Quintana se levantaron contra las pretensiones de Estados Unidos de convertirse en *maitre* del continente.<sup>70</sup> José Martí, quien se convirtió en ideólogo del nacionalismo continental, llamaba a luchar por “la segunda independencia”,<sup>71</sup> que era no sólo contra el “enemigo” español que aún dominaba Cuba, sino también contra el “pujante y ambicioso” vecino del norte.<sup>72</sup>

¡Los árboles —decía— deben meterse en línea y cerrar el pasaje a los gigantes de siete leguas! Es la hora de la alerta y de la marcha hacia la unión, y nosotros debemos formar un batallón cerrado, como los filones de plata en el corazón de los Andes.<sup>73</sup>

Estas frases las escribió Martí en su ensayo *Nuestra América*, título que a partir de ese momento se convierte en una de las más importantes consignas identitarias del nacionalismo continental. En efecto, para Martí los pueblos hispanoamericanos tenían una historia compartida y características étnico-culturales que les daban identidad y los diferenciaban, del pueblo norteamericano. Esta

piración se mantuvieron durante muchos años. Es importante destacar que en pleno conflicto Estados Unidos intentó anexarse Cuba. Con ese propósito ofreció, por cuarta vez, comprarle la Isla a España y al mismo tiempo alentó a diversos grupos cubanos de tendencias anexionistas, véase Basadre, *Historia de la república del Perú*, tomo vii, pp. 96-97.

<sup>70</sup> Martí demostró esta inequívoca voluntad del dominio imperial a través de la reproducción de los comentarios periodísticos publicados en ese país. En ellos anunciaba el inminente predominio del “coloso del norte” sobre el resto del continente. Pero ésta no fue sólo la voluntad sino además el proyecto. En efecto, en diciembre de 1889 se presentó a la Conferencia una moción donde se propuso “que se constituya un gobierno federal de toda América, con el asiento en Estados Unidos”. Todo esto se ve diseñado en la *Bandera Panamericana*: “Al fondo del campo azul, limpio de las estrellas usuales, la cruz de mayo; delante, cubriendo con las dos alas tendidas el norte y sur del continente, el águila; y el continente tiene alrededor un anillo de bodas”, José Martí, “La Conferencia Americana”, 11 de diciembre de 1889, en *Obras completas*, tomo vi, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963, p. 65.

<sup>71</sup> Martí, “Patria”, 18 de junio de 1892, citado por Estrade, *José Martí*, p. 559.

<sup>72</sup> Martí, “Congreso Internacional de Washington”, 2 de noviembre de 1889, en *Obras completas*, tomo i, pp. 46-47.

<sup>73</sup> Martí, *Nuestra América*, en *Obras completas*, tomo vi, p. 15.



identidad lo lleva a utilizar frecuentemente una metáfora filial, donde estos pueblos aparecen como hermanos e hijos de la “madre América”.<sup>74</sup> Martí afirma haber verificado en ese congreso una identidad tácita “frente a las pretensiones norteamericanas”, pero no ocultaba la codicia de la tierra ajena o la desconfianza fronteriza que caracterizaban las relaciones entre muchos de estos Estados vecinos, ni la relación de éstos con Estados Unidos. Para ilustrar el estado de las relaciones internacionales en este continente tomó como ejemplo el drama español *Heren*. Ahí, en la pluma de Martí, los hermanos Parellada (que representan Iberoamérica) se enfrentan al ambicioso primo (representado por Estados Unidos) por la herencia.

Viene el primo a recoger la herencia, a ver que los Parellada se odien más, a estimularlos, cuánto acá y cuánto allá, a echarlos, con invenciones y astucias, uno contra otro, a preguntarles, cuando ya los cree bien envenenados, si la razón social “marcha bien”; y el segundón generoso le salta al cuello, lo echa a tierra, y con la mano a la garganta le devuelve al primo, empolvado y tundido, la pregunta: “¿Qué tal marcha la razón social de los Parellada hermanos?”.<sup>75</sup>

Ahora bien, para Martí “Nuestra América” tiene características culturales y étnicas que le dan una autenticidad que niega a “la otra”. Con el objetivo de diferenciación, Martí rechazaba el *Panamericanismo*, abanderado por Estados Unidos, y adoptó la denominación de *América Latina*. Como se sabe, este nombre fue inventado en Francia hacia 1860 y obedecía a una estrategia geopolítica de Napoleón III, quien buscaba reanudar los lazos rotos por la Independencia a través de un panlatinismo que le facilitara la recolonización de América Hispánica.<sup>76</sup> En este contexto, la “latinidad” servía a Martí como criterio de diferenciación entre

<sup>74</sup> Martí, “Discurso en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispano-Americana, el 19 de diciembre de 1889”, en *Obras completas*, tomo iv, p. 140. Sobre el análisis de ésta y otras metáforas orgánicas de Martí véase Estrade, *José Martí*, pp. 340, 561-571.

<sup>75</sup> Martí, “La conferencia de Washington”, en *Obras completas*, tomo ii, p. 79.

<sup>76</sup> “El gran diseño político de Napoleón III, aconsejado por el economista Michel Chevalier, antiguo discípulo de Saint-Simon, fue de proponer la afirmación de un movimiento panlatinista susceptible de hacer aparecer la Francia como la heredera de las naciones latino europeas [...] Esta unión imaginada por Michel Chevalier hundía en las fuentes mismas de la antigüedad greco-romana sus orígenes culturales y reintroducía el catolicismo como cimiento de la unidad espiritual reencontrada; ella se oponía, al mismo tiempo, a las tentativas hegemónicas del capitalismo mundial anglosajón y norteamericano, así como a la emergencia agresiva del pangermanismo bismarckiano. Mu-

los dos pueblos del continente, pero entiende “América Latina” como una comunidad cuya identidad racial es “mestiza” e “india”. Es a partir de la identidad india que hacía la diferencia con “América del Norte” que, según decía, ahogaba “en sangre a sus indios”. Es por ello que negaba a “los del norte” el derecho de reivindicar la identidad americana.<sup>77</sup>

La identidad india es una de las más importantes modificaciones ideológicas que introduce Martí en el viejo discurso sobre el americanismo. Otra modificación importante es la referida a la división geográfica del continente. En efecto, él se opone a la clásica división de las “tres Américas” e insiste en que sólo habían dos: la “América Latina” y la otra a la que califica de “sajona”, “inglesa” o “europea”;<sup>78</sup> además, decía que la primera comprendía “todas las tierras insulares y continentales” que se encontraban entre “el Río Bravo y el Estrecho de Magallanes”.<sup>79</sup> Así, con Martí el americanismo experimentaba una sensible modificación: a los criterios de origen, raza, lengua y religión, esbozado por el nacionalismo continental criollo, sumaba el territorio, pero dándole mayor fuerza integradora. Así, desde la perspectiva étnico-cultural, él muestra el carácter mayoritariamente mestizo de la llamada “Nuestra América”; y geopolíticamente la comprende formada también por las Antillas y Brasil, zonas que Bolívar había excluido por táctica.

Los proyectos más importantes de la Conferencia Panamericana fueron la uniformación de los derechos aduaneros, del patrón de pesas y medidas, el impulso de los intercambios comerciales y financieros, la creación de un nuevo código americano sobre el arbitraje internacional y la implantación de la moneda única. Lo cierto es que en cada uno de los proyectos los delegados norte-

chos criollos *latino-americanos* fueron seducidos por esta perspectiva geopolítica, ellos adoptaron rápidamente esa noción de latinidad y le dieron las dimensiones del Nuevo Mundo [...] Una de las primeras obras que meten lado a lado *América y Latina* fue la obra de Carlos Calvo [...] *Traité de diplomatie sur l'Amérique Latine*, publicada en París en 1862 [...] el mismo año de la intervención militar de Napoleón III a México”, Guy Martinière, “L’invention de la latinité de l’Amérique”, en *Unité et diversité de l’Amérique Latine*, Université de Bordeaux III, CNRS, 1982, pp. 24-25.

<sup>77</sup> Martí, *Nuestra América*, en *OC*, tomo vi, pp. 16 y 19. Según Estrade, Martí estaba convencido que “la otra América usurpa el nombre con el cual se adorna; que ella se aleja de sus orígenes; que ella pierde sus rasgos autóctonos, desfigurada por la desaparición de la población, las reservas indias y por la inmigración europea que la sumerge”, *José Martí*, p. 563.

<sup>78</sup> Sobre esto véase Estrade, *José Martí*, p. 562.

<sup>79</sup> *Ibid.*, pp. 564, 567 y 615-616.

americanos trataron de imponer sus criterios e intereses, consolidando así la supremacía económica y el control político de Estados Unidos sobre los otros países del continente. Como se sabe los delegados sudamericanos no sólo lograron impedir esas pretensiones, sino incluso controlaron el evento tanto a nivel directivo como resolutivo.

En el balance final, la conferencia fue un fracaso para los norteamericanos y un triunfo político de los sudamericanos. Pero lo interesante es que estos últimos mostraban una comunidad de intereses económicos y políticos que confirmaban la vigencia del nacionalismo continental. Es cierto que en un inicio se notaba en algunos delegados una tendencia pro norteamericana, pero a medida que transcurrían las sesiones fueron apareciendo claramente dos bloques, o como decía Martí, “las dos nacionalidades del continente”.<sup>80</sup>

Es sobre la base de identidades e intereses contrapuestos que el “Panamericanismo” y el “Americanismo” mostraron sus bases ideológico-políticas. Esto aparece claramente esbozado en la polémica que se suscita frente al proyecto Zollverein, donde, inspirándose en la unificación alemana, se planteaba unificar el continente bajo la dirección norteamericana. Este proyecto, según Martí, estaba apoyado por los adeptos a la doctrina Monroe que buscaban extender el dominio de Norteamérica sobre el mundo.<sup>81</sup> Frente a esto el argentino Sáenz Peña, en nombre de todos los sudamericanos, pronunció un enérgico discurso donde termina diciendo “América para la humanidad”,<sup>82</sup> frase que fue allí barrera y sería luego adoptada por los americanistas como consigna ideológica contra los panamericanistas. En esta frase encontramos el criterio universalista de aquellos que, según Martí, al defender la América española apuestan al “equilibrio del mundo”.<sup>83</sup>

Poco tiempo después de la Conferencia, Martí formó el Partido Revolucionario de Cuba, el cual tuvo dos características: primero, ahí militaban cubanos, puertorriqueños y dominicanos, lo que lo identifica como el primer partido latinoamericano de vocación continental; y segundo, al albergar en sus filas a miembros de la clase obrera, los sectores medios e intelectuales y la burguesía patriótica, aparece como el primer partido multiclasista, o como decían en la época, un “Partido de Frente Único Patriótico”.

<sup>80</sup> Martí, “Congreso Internacional de Washington”, p. 50.

<sup>81</sup> *Ibid*, p. 61 y “La conferencia de Washington”, p. 83.

<sup>82</sup> *Ibid*., p. 81.

<sup>83</sup> Martí, “Congreso Internacional de Washington”, pp. 62-63.

Así, abanderando el ideal de “una República justa con todos y para todos”, Martí y los miembros del Partido Antillés (el otro nombre con que se conocía el Partido Revolucionario de Cuba) sale de Estados Unidos el 30 de enero de 1895 y desembarca en Cuba el 11 de abril. Después de que éstos coordinaron acciones con los rebeldes que combatían bajo el mando de Antonio Maceo, el movimiento subversivo se extendió en toda la Isla. Martí fue emboscado por las fuerzas realistas y murió el 19 de mayo de ese mismo año. Habían pasado tres años y los rebeldes cubanos no habían logrado la Independencia. Fue así que el 11 de abril de 1898 Estados Unidos intervino militarmente Cuba y Puerto Rico. Logró arrojar a los españoles e inmediatamente instauró un protectorado que pronto se reveló como una ocupación neocolonial: Estados Unidos se apoderó de las mejores tierras, las haciendas azucareras más importantes, las reservas mineras, las industrias de base, los ferrocarriles, los bancos, los servicios públicos y controló el comercio.<sup>84</sup>

### 3) La Generación del 900

Esta ocupación no produjo la solidaridad continental que se observó en la sublevación cubana de 1868. Los gobiernos mostraron más interés en mantener sus lazos económicos con Estados Unidos que en levantar banderas integracionistas. Además, en esa época había un fenómeno social que ocupaba gran parte de los esfuerzos de esos gobiernos. Nos referimos a las migraciones de europeos, supuestamente de “raza superior”, que desembarcaron en este continente entre 1850 y 1914.<sup>85</sup> En efecto, entre 1875 y 1914, Brasil

<sup>84</sup> Estrade, *José Martí*, tomo II, pp. 562-564 y 568. Véase también Denis Lara, “Cuba”, en *Encyclopedia universalis*, tomo V, p. 840.

<sup>85</sup> Esta necesidad de atraer a la “raza superior” provocó una cerrada competencia entre algunos países: se promulgaron generosas leyes y se crearon comisiones de inmigración, se construyeron hoteles para los inmigrantes, se colocaron cónsules en todos los puertos, se adelantaron, redujeron e incluso se regalaron pasajes a aquellos europeos que querían aventurarse en estas tierras. Marcello Carmagnani, “Las inmigraciones europeas en su área de origen”, en *Europa, Asia y África en América Latina y el Caribe*, México, Siglo XXI/UNESCO, 1989, pp. 148-155. “En los años que van de 1875 a 1914, 45 millones de europeos cruzaron el Atlántico; proporcionalmente, casi se cuadruplicaba el movimiento de las tres décadas anteriores. Como antaño, la mayor parte se dirigió a Estados Unidos: algo más de la mitad, o bien 60% si se suma Canadá [...] a los países de América Latina —Argentina y Brasil principalmente— alrededor de una cuarta parte”, Luis Alberto Romero y Lilia Ana Bertoni, “Movimientos migratorios en el Cono Sur: 1810-1930”, en *ibid.*, pp. 184-187.

recibió 4 millones de inmigrantes, Argentina 5.3 millones, Uruguay más de 400 000; entre 1881 y 1915 llegaron a Paraguay 70 000; y entre 1889 y 1904 llegaron a Chile 55 000 europeos.<sup>86</sup> Estas enormes olas migratorias produjeron tres grandes fenómenos sociales: primero, como luego advertirá Mariátegui, se agregó una nueva dimensión clasista al problema de las razas;<sup>87</sup> segundo, se agudizó el mestizaje, produciéndose en algunos países una verdadera transformación étnica; y tercero, transplantaron doctrinas y movimientos sociales que surgieron en la realidad europea.

Esto último fue particularmente importante para la historia del americanismo. En efecto, con la primera oleada, que se produjo entre 1830 y 1870, los europeos trajeron (principalmente a México, Brasil, Argentina, Chile y Uruguay) el saint-simonismo, el fourierismo y el mutualismo proudhoniano. Con la segunda, producida entre 1880 y 1914, introdujeron principalmente el anarquismo y débilmente el marxismo.<sup>88</sup> Estas ideologías conllevaban principalmente el internacionalismo y en esa perspectiva negaban o intentaban desconocer la realidad americana. Es por ello que el americanismo, como memoria colectiva, sufre a fines del siglo XIX y principios del XX un claro debilitamiento y la amenaza del olvido. Esta nueva realidad transformará el discurso americanista y planteará diferentes tareas a las generaciones que vendrán luego.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 188.

<sup>87</sup> José Carlos Mariátegui, "El problema de las razas en América Latina", en *Ideología y política*, Lima, Amauta, 1978. Las oligarquías, persuadidas de la "superioridad racial" de estos migrantes, les dieron fácil acogida y propiciaron las alianzas matrimoniales, lo que les permitió su rápida incorporación en la oligarquía y muchos formaron parte de la naciente burguesía latinoamericana. En ciudades como Valparaíso, Montevideo o Buenos Aires, los británicos manejaron el gran comercio y ocuparon las mejores viviendas. Entre los franceses y los restantes grupos inmigrantes predominaron los oficios urbanos: había comerciantes, hoteleros, profesores y artesanos de lo más diversos. Para ellos las posibilidades de instalación y ascenso social fueron muy grandes, ya sea por ausencia de competencia local como por la avidez de la oligarquía por consumir los productos de origen europeo. Muchos españoles fueron pulperos o esquineros, mientras que los genoveses monopolizaron el tráfico fluvial en ambas orillas del Plata. En el Perú la situación fue similar. Este cuadro de propiedades nos da una idea de la rápida ubicación de estos inmigrantes en la estructura económica. Sobre esto véanse los artículos de Romero y Bertoni, "Movimientos migratorios en el Cono Sur: 1810-1930"; y Adela Pellegrino, "Inmigración y movimientos internos de población en América Latina y el Caribe en los siglos XIX y XX", en *Europa, Asia y África en América y el Caribe*.

<sup>88</sup> Sobre esto véanse Rama, *Utopismo socialista (1830-1893)*; José Rosas Ribeyro, *Anarchisme et anarchosyndicalisme dans les mouvements sociaux: Mexique 1861-1929*, Mémoire d'histoire, Paris III (IHEAL), 1983; Iacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo XXI, 1978; y Jacy Alves des Seixas, *Mémoire et oubli: syndicalisme révolutionnaire au Brésil*, Paris, Maison des Sciences de l'Homme, 1992.

En efecto, inmediatamente después de la invasión de Estados Unidos a Cuba y Puerto Rico, aparece una nueva generación americanista: la Generación del 900. Ella estuvo conformada por el nicaragüense Rubén Darío, el uruguayo José Enrique Rodó, los argentinos Manuel Ugarte y José Ingenieros, el colombiano Vargas Vila, los mexicanos Amado Nervo y José Vasconcelos, entre otros.<sup>89</sup> La nueva realidad demográfica del continente afectó y delimitó el accionar de esa generación. Ella tuvo que afrontar el bullicio, la dispersión y el aislamiento que trajo esa enorme multitud de extranjeros. Fue así que se plantearon luchar contra el amenazante olvido y se convirtieron en virtuales “misioneros del americanismo”.<sup>90</sup> La tarea de rescate y divulgación de los llamados “designios unionistas” de los próceres de la Independencia tuvo dos aspectos: la propaganda escrita y las peregrinaciones.

*El destino de un continente* (1923) de Manuel Ugarte, y *La raza cósmica* (1925) de José Vasconcelos son libros de viajeros; ellos son la prueba de la voluntad misionera de esa generación. En el campo de la literatura recogieron los mensajes unionistas de Simón Bolívar, José de San Martín y José Martí; critican al imperialismo yanqui, la doctrina Monroe y las “concepciones localistas” que “tenemos de la nacionalidad”.<sup>91</sup> En fin, buscaban la “reestructuración de la ideología continental”,<sup>92</sup> es decir, la unidad y la reconstrucción social, cultural y política de la llamada *Nación Latinoamericana*.

El libro más importante producido por la generación del 900 fue *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó. La importancia de este libro no sólo radica en su contenido ideológico y su calidad literaria, sino también en la enorme difusión que tuvo. Fue el libro más reeditado de inicios del siglo xx, de lectura obligada en muchos colegios y universidades latinoamericanas. Asimismo, “Ariel” fue el nombre que adoptaron muchos centros culturales juveniles en diversos países del continente.<sup>93</sup>

<sup>89</sup> Un buen resumen y análisis testimonial de la Generación del Novecientos fue escrito por Manuel Ugarte en “Los escritores iberoamericanos del novecientos”, en su libro *La nación latinoamericana*, pp. 295-300

<sup>90</sup> Víctor Raúl Haya de la Torre, “Problemas e imperativos de la unidad continental”, en *Testimonios y mensajes, Obras completas*, Juan Mejía Baca, ed., Lima, 1997, tomo 1, p. 387.

<sup>91</sup> Manuel Ugarte, “La patria única”, en *La nación latinoamericana*, p. 18

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 295.

<sup>93</sup> A inicios de siglo existieron centros culturales llamados “Ariel” en Perú, Colombia, Uruguay, Chile, Argentina, Bolivia, Cuba, Ecuador etc. Sobre las lecturas de este

El gran tema de este libro fue la oposición entre Ariel, que representa a América Latina, y Calibán, que representa a la América Anglosajona. Aquí Rodó llama a la juventud latinoamericana a abandonar el “utilitarismo, la sensualidad y la torpeza” de Calibán y le pide seguir los caminos de Ariel, símbolo de “la razón y el espíritu, la perfección y la moralidad humana”.<sup>94</sup> Este autor decía que los “americanos latinos” tienen “una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro”. Sostenía que debe “el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro”.<sup>95</sup> Es así que Rodó veía el problema de adaptación del americanismo a la nueva realidad continental.

En efecto, ubicado en su contexto histórico, este libro revela los profundos cambios que estaban produciendo las migraciones europeas y la necesidad de adaptación que frente a ello se planteaba el americanismo finisecular. En términos generales las migraciones ponían en el tapete el problema de la identidad cultural y étnica americana. Frente a la agudización del mestizaje, esta generación buscaba amoldar el americanismo a los nuevos tiempos: el “genio de la raza” de que habla Rodó es en realidad la “refundición” de razas que experimentaba el continente, pero la herencia, la tradición y el “sagrado vínculo” étnico de lo americano está localizado en lo indio. De esta manera *Ariel* muestra el mestizaje como una marmita de donde saldría el nuevo hombre americano. Así es como Rodó inicia una modificación ideológica en el americanismo: de la concepción criolla de la primera generación se pasaba a la concepción mestiza de la segunda generación americanista. En el fondo, este autor oponía a la teoría de la raza pura del imperialismo yanqui la del mestizaje latinoamericano. Ahí está el origen de “la ideología del mestizo” que Vasconcelos termina de formular en 1925 y que, como luego veremos, marca profundamente la ideología política de la Generación del Veinte.

libro véase el testimonio de Luis Alberto Sánchez en “El estudiante, el ciudadano, el inintelectual y la reforma universitaria americana”, en Gabriel del Mazo, comp., *La Reforma Universitaria*, tomo III, Resistencia, Argentina, Universidad Nacional Autónoma del Nordeste, 1957, p. 212.

<sup>94</sup> José Enrique Rodó, *Ariel*, México, Novaro, 1957, p. 24.

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 124.

#### 4) El tiempo de las revoluciones

En el siglo xx hubo dos acontecimientos que impulsan y dan nuevos contenidos al americanismo. Ellos son la Revolución Mexicana de 1910 y la Reforma Universitaria que comienza en Argentina en 1918. Por la gravedad e irradiación continental que tuvieron, estos acontecimientos serán obligados puntos de referencia ideológica y política de la Generación del Veinte. En la medida en que son parte importante de la historia del americanismo y se convirtieron en fuente de inspiración del socialismo indoamericano, vamos a hacer una breve reseña de ellos.

La Revolución Mexicana comienza en 1900 como un movimiento de oposición a la reelección de Porfirio Díaz. Estuvo dirigido por los estudiantes universitarios, los sectores medios y algunos intelectuales organizados en el Partido Liberal Mexicano, cuyo principal dirigente era el anarquista Ricardo Flores Magón.<sup>96</sup> En 1906, este movimiento publica el Programa del PLM, con el cual el movimiento se convirtió oficialmente en “frente de clases” donde participaban obreros, campesinos (muchos de ellos anarcosindicalistas), sectores medios y la burguesía nacionalista.<sup>97</sup>

En su proyecto social Flores Magón incorporaba la idea del *germen* de la sociedad futura, idea muy presente en el anarquismo europeo. Pero lo novedoso es que, según Magón, ese germen o célula social tenía presencia y vigencia en el mundo agrario mexicano: el *calpulli*, de origen precolombino, se convertía para él en la célula de la sociedad libre del futuro.

En México —decía— viven millones de indios que, hace veinte años o veinticinco años, vivían en comunidades, poseían en común tierras, los bosques, las aguas. El apoyo mutuo era la regla de esas comunidades en las cuales la autoridad se hacía sentir solamente cuando el agente recolector

<sup>96</sup> En una carta fechada el 13 de junio de 1908 Ricardo Flores Magón decía a su hermano Enrique y a su amigo Práxedes Guerrero: “Todo se reduce a una cuestión de táctica. Si desde un principio nos hubiéramos llamado anarquistas, nadie, a no ser unos cuantos, nos hubieran escuchado. Sin llamarnos anarquistas hemos prendido en los cerebros ideas de odio contra la clase poseedora y contra la casta gubernamental. Ningún partido liberal en el mundo tiene las tendencias anticapitalistas del que está próximo a revolucionar México, y eso se ha conseguido sin decir que somos anarquistas, y no lo habríamos logrado ni aunque nos hubiéramos titulado ya no anarquistas como somos, sino simplemente socialistas”, *Epistolario y textos de Ricardo Flores Magón*, p. 203, en Armando Bartra, *Regeneración 1900-1918*, México, Era, 1977, p. 19

<sup>97</sup> Sobre esto véase Rosas Ribeyro, *Anarchisme et anarchosindicalisme dans les mouvements sociaux*, pp. 84ss.



de impuestos hacia su aparición periódica o cuando los guardias rurales venían a buscar a los hombres para enrolarlos en la fuerza armada. En esas comunidades no había jueces, ni carcelero, ni ninguna otra plaga de esta especie [...] el trabajo de cerco y de recolección se hacía en común, la comunidad se reunía hoy día para recoger la cosecha de Pedro, mañana de Juan y así sucesivamente [...] en cuanto a la población mestiza ella tenía igualmente tierras comunales, bosques y aguas libres [...] El apoyo mutuo era también la regla, las casas se construían en común, la moneda era casi innecesaria porque había intercambio de productos [...] Como se ve, pues, el pueblo mexicano es capaz de llegar al comunismo, porque lo ha practicado, al menos en parte, después de siglos.<sup>98</sup>

Es así que vincula la revolución social al problema de la tierra, y todo ello al problema nacional.<sup>99</sup> Como luego veremos, al homogeneizar al *calpulli* y al *ayllu*, la Generación del Veinte recupera para el socialismo este legado colectivista e indigenista de la Revolución Mexicana.

Ahora bien, para estos revolucionarios la solución del problema del indio pasaba por la expropiación de las tierras de los grandes latifundistas y compañías norteamericanas instaladas en ese país. En efecto, a inicios del siglo xx, México tenía un tercio de sus capitales de origen norteamericano. Los ciudadanos de este último país habían monopolizado la producción del cobre, el petróleo, el caucho, el azúcar, la banca y los transportes. Con respecto a la concentración de las tierras el norteamericano William Randolph Hearst es uno de los ejemplos más típicos. Este señor poseía más de 3 000 000 de hectáreas en el estado de Chihuahua.<sup>100</sup> En ese sentido, el nacionalismo mexicano devino naturalmente antiimperialista. Por ello, al estallar la revolución, Porfirio Díaz deja el poder a Madero, quien inmediatamente solicita el apoyo de

<sup>98</sup> *Ibid*, pp. 109-110.

<sup>99</sup> Sobre esto véase Gonzalo Aguirre Beltrán, "El indigenismo y su contribución al desarrollo de la idea de nacionalidad", *América Indígena*, vol. xxix, núm. 2 (abril de 1969), pp. 397-406, p. 401.

<sup>100</sup> En 1910, poco más de ochocientos latifundistas extranjeros poseían casi la totalidad del territorio mexicano. De los 15 millones de habitantes, 12 millones trabajaban en las haciendas en condiciones de asalariados, cuyos jornales eran pagados en especie en los almacenes de las haciendas. Estas relaciones salariales, que en realidad escondían su verdadero carácter servil y semiesclavo, eran practicadas en las plantaciones de azúcar, café, madera, tabaco, frutas etc. El escritor norteamericano John Kenneth Turner afirmaba en 1911 que "Estados Unidos ha convertido virtualmente a Porfirio Díaz en su vasallo político y, en consecuencia, ha transformado a México en una colonia esclava" sobre este tema véase Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, pp. 185-186.

Estados Unidos para enfrentar a los rebeldes del PLM, así como a los dirigidos por Emiliano Zapata y Pancho Villa. Ricardo Flores Magón fue tomado prisionero por las autoridades norteamericanas y las huestes libertarias del PLM se unieron a Emiliano Zapata.<sup>101</sup>

Como se sabe, la historia de la Revolución Mexicana se prolonga durante muchos años. Lo que es importante remarcar aquí es que ella consolidó y profundizó el nacionalismo continental. Según Mariátegui, ella había “creado una comunidad más viva y más extensa” que “recuerda la que concertó a la generación de la Independencia. Ahora como entonces, la emoción revolucionaria da unidad a la América indoespañola”.<sup>102</sup> En efecto, México se convirtió durante años en el centro de la inspiración revolucionaria y de referencia identitaria del continente. Ese acontecimiento fue vivido como el redescubrimiento de la identidad india de América. No por azar es en este país donde surge y se difunde la tesis de la *raza cósmica*, el vocablo *Indoamérica* y la bandera que dibujaba la silueta y los límites de la llamada Nación Latinoamericana: del Río Bravo al Estrecho de Magallanes.<sup>103</sup>

A nuestro modo de ver, la Revolución tiene varios significados: fue cultural y reivindicativamente indigenista, pero políticamente fue una empresa multirracial y multclasista; es decir, fue una revolución mestiza. Esto es tan cierto que uno de los principales objetivos del Estado posrevolucionario fue terminar de formar “la nación mestiza”.<sup>104</sup> De otro lado, la adhesión de muchos obre-

<sup>101</sup> Estados Unidos aprovechó la oportunidad para enviar un batallón de mercenarios a Baja California con el propósito de derrocar al PLM y, una vez liberada esta zona, anexársela. El gobierno norteamericano captura y encarcela a Flores Magón y otros dirigentes del PLM, descabezando así al movimiento. A partir de ese momento los libertarios “magonistas” se suman al movimiento de Emiliano Zapata. Este último no era libertario, pero la incorporación de los magonistas a su movimiento, el apoyo que le brindó *Regeneración*, la denominación de Alfredo Quesnel como consejero y los acuerdos conjuntos de ambos grupos sobre la Reforma Agraria, que quedaran plasmados en el Plan de Ayala de 1911, atestiguan la aproximación de Zapata a las ideas libertarias. Sobre la relación entre magonistas y zapatistas, consúltese la introducción de Armando Bartra, *Regeneración (1900-1918)*, p. 31.

<sup>102</sup> Mariátegui, “La unidad de la América Indo-Española”, *Varietades* (Lima, 6 de diciembre de 1924), reproducido en *Temas de Nuestra América, Obras completas*, tomo 12, Lima, Amauta, 1980, p. 17.

<sup>103</sup> Detalles interesantes sobre el origen de estos vocablos y la bandera pueden encontrarse en Luis Alberto Sánchez, *Haya de la Torre y el APRA*, Lima, Universo, 1980; y en el artículo de John H. Haddox, “La influencia de José Vasconcelos sobre Víctor Raúl Haya de la Torre”, en *El APRA: de la ideología a la praxis*, Lima, Nuevo Mundo, 1989.

<sup>104</sup> David A. Brading, “Manuel Gamio y el indigenismo oficial en México”, *Revista de Sociología*, año II, núm. 2 (abril-junio de 1989), p. 289.

ros, campesinos e intelectuales a los mensajes indigenistas, agraristas y antiimperialistas de esa Revolución, creó en muchos países corrientes indigenistas y terminaron dando nuevos contenidos ideológicos y políticos del americanismo.<sup>105</sup> Finalmente, en ella se fusiona el americanismo, el indigenismo y el socialismo, dando nacimiento a la idea de la revolución nacional-continental.

La Reforma Universitaria fue el otro lado de los acontecimientos que revitaliza el americanismo a inicios del siglo xx. Pero mientras la Revolución Mexicana impulsa la crisis social y política, la Reforma Universitaria de Argentina marca el inicio de una formidable ruptura generacional en este continente. Ella es importante no sólo por estar al origen, sino además porque en su dinámica encontramos resumidos los grandes temas, los límites y las posibilidades del movimiento generacional del veinte.

Los elementos detonadores de este acontecimiento se encuentran en la "situación generacional"<sup>106</sup> que vivió la juventud a fines de la década del diez. Julio González, uno de los principales líderes de la Reforma argentina, recordaba años después:

La guerra europea dejó al mundo en ruinas, económica, social, institucional y moralmente. Todos los valores habían caducado, todos los principios habían hecho crisis. Los jóvenes que nos lanzamos a la vida, no encontramos sino ruinas y escombros por todos los confines. Eso ya nos creaba una posición nihilista, negativa. No encontramos nada que nos mereciera respeto, ni siquiera atención de detenernos a estudiarlo y comprenderlo. Para el hombre nuevo de América, todos los sistemas habían caducado [...] Frente a este panorama sombrío, la revolución rusa surgía como un lucero anunciando la aurora de un nuevo mundo. Era una alucinación para los jóvenes de veinte años. Veíamos en ella la posibilidad de que sobre los principios de justicia se lograra la construcción de una nueva sociedad. Y hacia

<sup>105</sup> Sobre esto véanse: "En favor de los comunistas de Méjico". *La Protesta*, año 1, núm. 7 (agosto de 1911), p. 2; y Manuel Caracciolo Liévano, "¡Salud! ¡Rebeldes mexicanos!", *La Protesta*, año 3, núm. 21 (mayo de 1923), p. 3.

<sup>106</sup> Nosotros hemos tomado el concepto de *situación generacional* de Mannheim. Este autor afirma que el asiento real de los nuevos impulsos es la situación "generacional". Luego dice: "La situación generacional contiene solamente las potencialidades, que se manifiestan, son rechazadas, o que, integradas a otras fuerzas sociales activas, pueden modificadas ejercer influencia". Para participar en ese "destino común" hay que haber nacido en el mismo "espacio histórico-social ---en la misma comunidad de vida histórica---, en el mismo tiempo para relevar de esta situación, para poder compartir pasivamente los obstáculos y las oportunidades, pero también para poder utilizarlas activamente", Karl Mannheim, *Le problème des générations*, Paris, Nathan, 1990, pp. 65-68.

ella íbamos, no como adhesión política, sino como quien se deja encandilar por una luminaria que brillaba en el horizonte.<sup>107</sup>

Esta crisis de valores se agudizó durante el gobierno de Yrigoyen, quien produjo un clima reformista y antioligárquico. Además, la crisis se desarrolló en una sociedad atravesada por el conflicto entre la tradición colonial y el moderno desarrollo capitalista de algunas zonas. No fue pues por casualidad que el movimiento comenzará en la ciudad de Córdoba, carente de industrias, atrapada aún por el espíritu colonial, dominada por una oligarquía terrateniente y un influyente sector clerical.

A inicios de marzo de 1918 los estudiantes demandaron el cambio del obsoleto régimen universitario. Como no obtuvieron respuesta, el 10 de ese mes realizaron la primera manifestación callejera, donde crean el Comité Pro-Reforma y se declaran en huelga general. Pocos días después lanzaban el manifiesto que llevaba por título *La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América*. El primer párrafo dice:

Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo xx nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.<sup>108</sup>

Lo revelador de este manifiesto es que los estudiantes parten de una crítica al régimen universitario y, por analogía, hacen una crítica a fondo de la cultura y del régimen político, para terminar esbozando su propia alternativa societaria: "Mantener —decían— la actual relación entre gobernantes y gobernados es agitar el fermento de futuros trastornos" y agregan: "queremos arrancar de raíz en el organismo universitario el arcaico y bárbaro concepto de autoridad que en estas casas de estudios es un baluarte de absurda tiranía y sólo sirve para proteger criminalmente la falsa dig-

<sup>107</sup> Julio V. González, *Vigencia y actualidad de la Reforma Universitaria*. Rosario, Universidad del Litoral, 1941, p. 10.

<sup>108</sup> "La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América" (Manifiesto Liminar, 21 de junio de 1918), en Del Mazo, comp., *La Reforma Universitaria*, tomo I, p. I.

nidad y la falsa competencia”. Erigiéndose como “un movimiento en suprema lucha por la libertad”, hablan así de la futura *República Universitaria*:

La Federación Universitaria de Córdoba se alza para luchar contra este régimen y entiende que en ello le va la vida. Reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el *demos* universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno que los ciudadanos de democracia universitaria no piden sino exigen que se les reconozca el derecho y la capacidad de intervenir en el gobierno de su propia casa.<sup>109</sup>

Aquí encontramos claramente esbozado el conflicto de generaciones, bajo el aspecto de una revuelta contra la autoridad académica y, por extensión, contra todo el régimen político. Esto es lo que Mendel llama “la revuelta contra el padre”.<sup>110</sup> En efecto, el enfrentamiento entre los estudiantes y las autoridades de la Universidad puede ser visto como una lucha contra el “poder social todopoderoso”.<sup>111</sup> Este poder social, dice el autor, es el padre y la madre “reunidos” en una misma dimensión: el orden social. Pero Mendel distingue de un lado al Padre, que evoca imágenes de Dios, el Rey y el Dictador,<sup>112</sup> es decir, el sistema político y el Estado; y la Madre, encarnando las instituciones socioculturales, como la escuela y la Universidad.<sup>113</sup>

El conflicto con la Madre (que no sólo representa la institución universitaria sino además la cultura tradicional) estuvo encarnada en la lucha entre los estudiantes y las autoridades universitarias, reunidas en la *Corda Fraterna*. Éste era un círculo de doce señores católicos, profesores universitarios en su mayoría, que monopolizaban el poder en la Universidad, ostentaban cargos de funcionarios públicos, eran legisladores y tenían gran influencia en las esferas políticas.<sup>114</sup> Este círculo era pues el símbolo del poder cultural y político contra el que los estudiantes se enfrentaban, reproduciendo así, en el campo social, el complejo de Edipo.

Este movimiento también nos revela la transmisión del mensaje americanista de una generación a otra y la constitución de una

<sup>109</sup> *Ibid.*, pp. 1-5.

<sup>110</sup> Gérard Mendel, *La révolte contre le père*, Paris, Payot, 1968.

<sup>111</sup> *Ibid.*, pp. 380 y 387.

<sup>112</sup> *Ibid.*, p. 384.

<sup>113</sup> *Ibid.*, p. 397.

<sup>114</sup> Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política: el proceso de la Reforma Universitaria*, México, Siglo XXI, 1978, p. 56.

generación social. En efecto, los estudiantes lograron el apoyo de las otras federaciones estudiantiles argentinas, de algunas federaciones obreras y varias personalidades de la anterior generación americanista como Alfredo Palacios, José Ingenieros y Manuel Ugarte, entre otros. A medida que avanzaban los días el discurso universitario fue dando paso al discurso social y político de claro contenido nacionalista continental. En efecto, el 23 de julio se realizó una manifestación donde habló Alfredo Palacios, quien redactó una orden del día donde se decía: “El nuevo ciclo de civilización que se inicia, cuya sede radicará en América [...] exige un cambio total de valores humanos y una distinta orientación de las fuerzas espirituales, en concordia con una amplia democracia sin dogmas ni prejuicios”.<sup>115</sup> Deodoro Roca (redactor del Manifiesto Liminar) por su parte demandaba a los estudiantes dar a sus luchas un “contenido americano e insuflar una nueva fuerza interior y propia al alma continental”.<sup>116</sup>

Fue así como la Reforma dejaba la dimensión universitaria para instalarse en el plano de la reforma social y política; además, pasaba del nivel provincial al patrio, y a través de la solidaridad de los americanistas de la anterior generación, pasaba de ser un movimiento nacional-particular a convertirse en un movimiento de alcance nacional-continental. Con ella aparece una especie de *mesianismo generacional*, que caracteriza los primeros pasos de la generación reformista latinoamericana.

Después de una serie de enfrentamientos con la policía, donde participaban estudiantes y obreros, el 20 de julio se realiza el Primer Congreso Nacional de Estudiantes. El 9 de septiembre toman el local universitario y asumen la función de gobierno de la misma, “bajo la superintendencia de la Federación y nombrando ésta profesores interinos que dicten discursos de acuerdo a los programas oficiales”.<sup>117</sup> Ésta era un “simbólico” golpe de Estado contra el poder social. Si seguimos la lógica analítica de Mendel, podemos decir que, ante la frustración (causada por el rechazo a las exigencias de cambio por parte de las autoridades universitarias), los estudiantes se constituyen en fuerza política, toman el poder, desalojan al “padre malo” e instalan en su lugar un “padre falso”.<sup>118</sup> Este “golpe de Estado” duró pocas horas. El ejército entró

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>116</sup> *Ibid.*

<sup>117</sup> *Ibid.*, p. 53.

<sup>118</sup> Mendel, *La révolte contre le père*, p. 380.

en la Universidad, arrestó a 83 dirigentes y los condenó por sedición.<sup>119</sup>

Días después el gobierno da a publicidad nuevos estatutos de la Universidad. Ahí se incorporan los principios básicos de la Reforma: la docencia libre y la participación de los estudiantes en el gobierno de la Universidad. El cogobierno quedaba establecido en el artículo 38, donde se decía: "Los Consejos Directivos nombrarán sus miembros a propuesta de una asamblea compuesta de todos los profesores titulares, igual número de profesores e igual número de estudiantes".<sup>120</sup> Nació así la primera nueva Universidad de América.

Este es el inicio de un movimiento que paulatinamente incorpora, como parte sustancial de su discurso, el nacionalismo continental. A partir de ese momento el ejemplo de la Reforma argentina será imitado por varios países, dándose inicio a un movimiento generacional que comprometerá a casi todas las juventudes sudamericanas. La Reforma auspiciará, en un mismo tiempo histórico, el encuentro de dos generaciones: la del 900 y la del 20. Su tiempo será el de la síntesis y creatividad: con ella se agudizará la memoria americanista, se asimilarán y fusionarán los mensajes socialistas e indigenistas, y a todo ello se sumarán sus proyectos de socialización de la cultura, de revolución social, moral y política. Como decían los mismos actores, con ella se inició la *revolución de los espíritus*.

<sup>119</sup> Portantiero, *Estudiantes y política*, p. 54.

<sup>120</sup> *Ibid.*